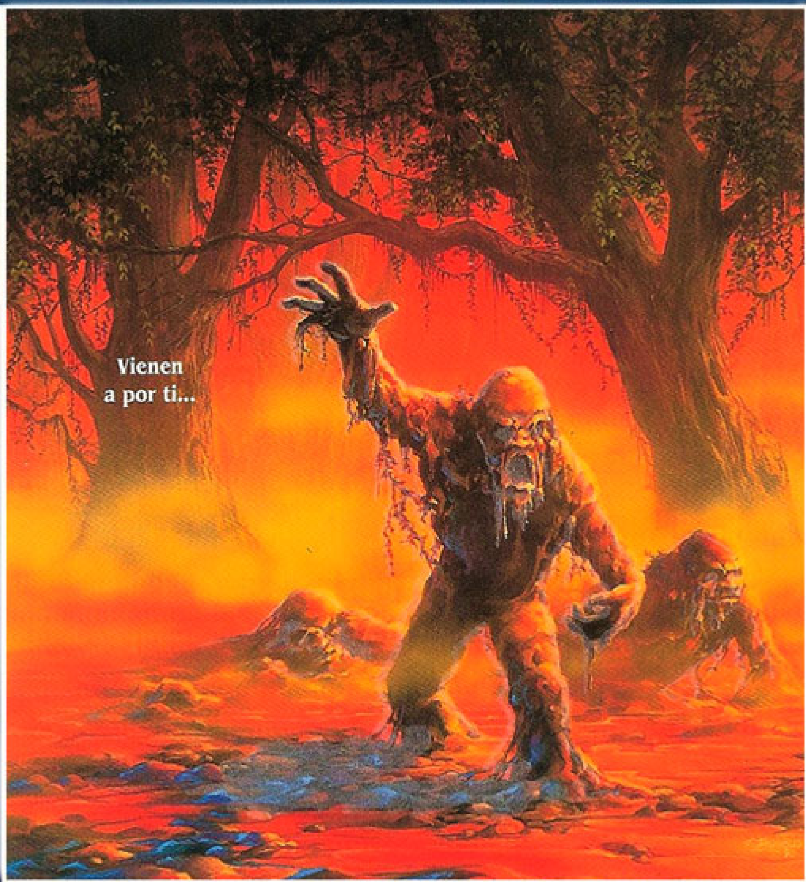
R.L. STINE

Pesadillas

La repugnante cara del terror



Courtney es una presumida, una osada total. Se cree muy valiente y hace que Eddie y sus amigos se sientan acobardados. Pero Eddie ha dicho: ¡basta! Está dispuesto a darle un susto de muerte de una vez por todas. Pone en marcha su diabólico plan. Atrae a su amiga al apestoso barranco de Muddy Creek. Sabe que Courtney cree en esos absurdos rumores sobre los repugnantes monstruos que viven entre el fango. Eddie desconoce el peligro que corre... porque el rumor podría ser verdad.



R. L. Stine

La repugnante cara del terror

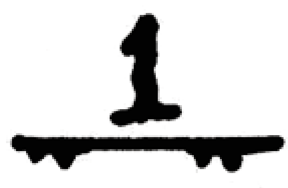
Pesadillas — 14

ePub r1.1
javinintendero 14.12.13

Título original: *Goosebumps #15: You Can't Scare Me!*
R. L. Stine, 1995
Traducción: Adolfo Martín

Editor digital: javinintendero
Retoque de portada: Piolin
Digitalización del texto: Rayul
ePub base r1.0





El día de la excursión del curso decidimos darle un buen susto a Courtney.

El señor Melvin, nuestro profesor, y la señora Prince, la otra profesora de sexto grado, nos iban contando según subíamos al autobús escolar amarillo.

Courtney era la primera de la fila, naturalmente. Ella siempre tiene buen cuidado de ponerse la primera. Su amiga Denise subió justo detrás de ella.

Era un día gris. Negros nubarrones se cernían en lo alto ocultando el sol. El tipo de la radio había dicho que el riesgo de lluvia era de un noventa por ciento.

A mí me traía sin cuidado. Me encantaba el solo hecho de estar fuera de la escuela.

Empujé a mi amigo Hat para hacerle chocar con el chico que iba delante de él. Su verdadero nombre es Herbie, pero todo el mundo le llama Hat, o sea, Gorra. Eso es porque nadie le ha visto nunca sin una gorra de béisbol en la cabeza. Yo le conozco desde que estábamos en cuarto grado y creo que nunca le he visto el pelo.

El chico de delante se volvió y empujó a Hat, lanzándolo contra mí.

—¡Eh, dejadme en paz! —gritó Hat. Me soltó un puñetazo en el hombro—. Me has hecho tragarme el chicle, Eddie.

—Bueno, chicos, calmaos —exclamó el señor Melvin, mirándonos ceñudo. Es la clase de profesor que siempre está diciendo cosas como «calmaos» y que trata de comportarse como si

fuese nuestro amigo. Pero, de todas maneras, es un profesor bastante bueno.

Además, nos lleva a cantidad de excursiones, lo cual es estupendo.

—¿Por qué vamos a un bosque? —gruñó Hat, metiéndose otro chicle en la boca—. ¿Qué se supone que tenemos que buscar?

—Árboles, supongo —respondí. No recordaba por qué íbamos al Bosque Verde. Sólo recordaba que teníamos que tomar notas.

—Eddie, ¿quieres un chicle?

Me volví y vi a mi amiga Charlene justo detrás de mí en la fila. Ella y mi otra amiga, Molly, tenían la boca llena de chicle de uva y mascaban con entusiasmo.

—Molly, ¿cómo puedes mascar eso con tu aparato dental?— pregunté.

Abrió la boca en una amplia sonrisa que dejó al descubierto sus dientes.

—No se pega demasiado —respondió.

El aparato de ortodoncia de Molly es rojo y azul. Siempre lo está enseñando, no sé por qué.

Molly y Charlene son tan iguales que casi parecen hermanas. Las dos tienen el pelo corto, color castaño y ojos marrones. Las dos son, más o menos, de mi misma estatura, uno cincuenta y siete, y llevan siempre unos vaqueros descoloridos y camisetas que les quedan demasiado grandes. La única diferencia entre ellas es que Molly lleva gafas y aparato corrector de la dentadura, y Charlene, no.

—Yo os protegeré a las dos en el oscuro y profundo bosque — bromeé—. Ya sabéis, por si os atacan las pulgas o algo así.

—Eddy es un tío bragado —dijo Hat, sonriendo—. Es valiente como pocos. —Me dio un fuerte puñetazo en el hombro.

Fingí que no me había hecho daño.

—Vosotros sí que tenéis pulgas —replicó Charlene.

—Nosotras te protegeremos a ti, Eddie —repuso Molly—. ¡Podría haber gusanos peligrosos!

Hat, Molly y Charlene soltaron una carcajada. Molly siempre me estaba tomando el pelo por la vez en que nos hallábamos los cuatro pescando en el río Lodoso y tuve dificultades para clavar un gusano en el anzuelo.

—¡Yo no le tenía miedo a aquel gusano! —exclamé levantando la voz—. Era sólo que me daba asco, eso es todo.

Miré ceñudamente a Molly, pero no estaba enfadado de verdad. Estoy acostumbrado a que me tomen el pelo. Los chicos siempre se burlan de mis pecas y de mi pelo rojo. Mi hermano mayor, Kevin, me llama Bugs. Dice que me parezco a Bugs Bunny porque tengo los dos dientes delanteros muy salientes.

—¿Qué pasa, doctor? ¿Qué pasa, doctor? —Eso es todo lo que dice Kevin. Él y sus compañeros de la escuela superior lo encuentran la mar de gracioso.

Subí al autobús y me escabullí por delante de Hat para coger un asiento de ventanilla. Courtney y Denise se habían puesto en el primer asiento, naturalmente. Courtney se estaba cepillando sus largos y rubios cabellos, utilizando el cristal de la ventanilla a modo de espejo. Denise escribía algo en su cuaderno.

Hat me dio un empujón que me hizo avanzar dando tumbos por el pasillo. Luego, se coló en el asiento y se instaló junto a la ventanilla.

—¡Eh, eso no vale! —grité.

Él lanzó su característica y aguda risita y me sonrió. Hat es mi mejor amigo, pero debo reconocer que tiene bastante cara de tonto. Quiero decir que siempre está sonriendo, algo así como Dormilón en *Blancanieves y los siete enanitos*. Además, tiene unas orejas realmente grandes que se le doblan bajo la gorra de béisbol.

Es un gran tipo. A Molly, Charlene y a mí nos hace reír continuamente.

—A la vuelta me pongo yo en la ventanilla —dije, dejándome caer junto a Hat. Charlene me revolvió el pelo con la mano al pasar.

—¿Por qué lo llamarán Bosque Verde? —preguntó Hat, chafando la nariz contra el cristal, que comenzó a velarse con el vaho de su aliento—. ¿Por qué no Bosque Azul o Bosque Rojo?

—Es que su dueño se llamaba así —le expliqué—. Al morir le dejó todo el terreno a la ciudad.

—Ya lo sabía —replicó Hat. Menudo embustero.

Le hice girar la gorra hasta que quedó del revés. Eso le revienta, pero se lo merecía por haberse cogido el asiento de ventanilla.

Unos minutos después, el autobús avanzaba dando tumbos en

dirección a Bosque Verde. Al poco rato, se detuvo y nos bajamos, mirando los altos árboles que se elevaban hacia el cielo oscuro y nublado.

—Haced dos columnas en vuestra hoja de trabajo —estaba diciendo a todos la señora Prince—. Una para la vida animal y otra para la vida vegetal.

—A ti te pondré como vida vegetal —le dije a Charlene.

Me sacó la lengua, con la voluminosa bola púrpura de chicle en la punta. Hat le dio una fuerte palmada en la espalda y el chicle salió volando.

Charlene lanzó un grito e intentó pegarle, pero Hat se apresuró a escapar hacia la parte de atrás. Era demasiado rápido para ella.

Los profesores nos dividieron en grupos y empezamos a explorar el bosque. Seguimos un estrecho sendero de tierra que serpenteaba entre los árboles.

Hacía más frío en el bosque, y estaba todo más oscuro. Yo deseaba que saliera el sol.

—¿Qué es esa cosa verde de aquel árbol? —me preguntó Hat, señalando—. ¿Es musgo? ¿El musgo es vida animal o vegetal?

—Deberías saberlo —repliqué—. ¡Tienes la espalda llena de eso!

Molly y Charlene se echaron a reír, pero Hat no.

—¿No puedes tener un poco más de seriedad? —exclamó. Garabateó algo en su hoja de trabajo.

Yo miré la mía. No había escrito nada todavía. Quiero decir que yo sólo había visto un montón de árboles y unos cuantos hierbajos. ¿Quién iba a querer apuntar eso?

—Las criaturas están escondidas —estaba diciendo la señora Prince al grupo de chicos que iba delante—. Buscad sus escondrijos. Descubrid agujeros en el suelo y en los árboles. Buscad nidos ocultos.

Levanté la vista hacia los árboles que se alzaban sobre mi cabeza. El follaje era demasiado espeso para ver ningún nido. Me disponía a decirle a Hat que debía mirar debajo de las piedras porque de allí era de donde él procedía cuando oí una apagada exclamación a nuestra espalda.

—¡Chist! ¡Mirad! ¡Un ciervo!

Nos volvimos todos para ver quién había hablado.

Naturalmente, era Courtney. ¿Quién si no iba a ser el primero en ver un ciervo?

Ella y Denise estaban inmóviles como estatuas, mirando a un angosto espacio entre los árboles. Courtney tenía el dedo puesto sobre los labios en señal de que guardáramos silencio.

Hat, Molly, Charlene y yo acudimos corriendo para ver el ciervo.

—Yo no veo nada —dije, escudriñando los árboles.

—Ha huido —me respondió Courtney.

—Te lo has perdido —añadió Denise. Vi cómo escribía «ciervo» en su hoja de trabajo, en el apartado de vida animal. Ya tenía otras cuatro criaturas en su lista. Yo no tenía ninguna.

—¿Has visto el murciélago dormido? —preguntó Courtney.

—¿Murciélago? No me gustan los murciélagos. Son asquerosos. ¿Y si te muerde uno?

—Estaba colgando de aquel árbol —explicó

Courtney, señalando detrás de nosotros—. ¿Cómo no te has dado cuenta?

Me encogí de hombros.

—Hay un abedul —le dijo Denise a Courtney—. Y una haya. Añádelos a la lista.

Hat, Molly y Charlene habían continuado andando por el sendero, así que eché a correr para alcanzarlos. En mi opinión, Courtney y Denise estaban trabajando demasiado. Se supone que las excursiones son para pasar el rato y divertirse lejos de la escuela.

Fuimos caminando lentamente a través del bosque. Al cabo de un rato, salió el sol y empezó a lanzar dardos de amarillenta luz por entre los árboles.

Intenté empujar a Hat contra un macizo de ortigas, pero él hizo un quiebro y me caí de bruces al suelo.

Todavía estaba sacudiéndome la tierra cuando vi la serpiente.

Estaba justo junto a mi zapatilla izquierda.

Era de un color verde brillante y muy grande.

Se me cortó la respiración. La miré fijamente.

Había estado en un tris de pisarla.

Mientras la miraba, sin saber qué hacer, la serpiente arqueó la cabeza, abrió las mandíbulas y se lanzó hacia delante para morderme la pierna.

Abrí la boca para gritar, pero no conseguí emitir ningún sonido.

2

La serpiente se abalanzó contra mí. Cerré los ojos y esperé el doloroso pinchazo.

—¡Ooh! —Un apagado grito de terror se escapó de mis labios.

Abrí los ojos y vi que Courtney tenía agarrada a la serpiente.

—Courtney, yo... yo...—balbucí.

—Eddie, no le tendrás miedo a esto, ¿verdad? —preguntó ella, levantándola hasta la altura de mi cara.

Los negros ojos del animal me miraban fijamente. El reptil proyectó la lengua hacia delante.

—Es una inofensiva serpiente verde, Eddie —dijo Courtney—. ¡No puedes tenerle miedo a una serpiente verde!

Oí la risita de Denise a mi espalda.

Courtney acarició a la serpiente, pasándole la mano por la piel y dejándola deslizarse entre sus dedos.

—Oh... no estaba realmente asustado —murmuré. Pero me temblaba la voz. Me di cuenta de que Courtney no me creía.

—Una inofensiva serpiente verde —repitió y la depositó en el suelo.

Di un salto hacia atrás. Pensé que iba a atacarme de nuevo.

Pero desapareció silenciosamente entre las hierbas que nos rodeaban.

Hat se echó a reír. Era una risa aguda y nerviosa.

Denise sacudió despreciativamente la cabeza.

—Añádela a la lista —le dijo Courtney—. Serpiente verde. Con ella van ya siete en la columna de vida animal.

—Deberíamos apuntar también «gallina» —indicó Denise, mirándome—. Así serían ocho.

—Ja, ja —repliqué amargamente. Hice una seña a mis amigos para que me siguieran y apretamos el paso por el sendero. Oímos a nuestras espaldas las risas de Courtney y Denise.

—No te apures —me dijo Hat, dándome unas palmaditas en el hombro—. Total porque te ha hecho quedar como un idiota.

Molly rió, pero Charlene se mantuvo seria.

—Courtney sólo estaba presumiendo —me dijo— . Para variar.

—Ojalá esa serpiente le hubiera mordido su perfecta nariz —añadió Molly—. Ya sabes. Que le hubiera dejado una melladura.

—En realidad, no tenía miedo —insistí con voz aguda—. La serpiente me sorprendió, eso es todo. Sabía que era inofensiva.

—Sí, claro —replicó Hat, haciendo girar sus brillantes ojillos negros. Alargué la mano para darle en la gorra, pero fallé.

—¡Paso! ¡Paso! —voceó Courtney. Ella y Denise nos adelantaron a toda velocidad, agitando al pasar la hoja de trabajo que llevaban en la mano. Denise se volvió y, mirándome, silbó como una serpiente. Courtney se echó a reír.

—Supongo que me van a estar tomando el pelo a cuenta de la serpiente verde durante los próximos cien años —dije con un suspiro.

—Todos te vamos a estar tomando el pelo durante los próximos cien años a cuenta de eso —prometió Molly.

Yo caminaba apesadumbrado por el sendero. La dorada luz del sol se filtraba entre los árboles, pero no me levantaba el ánimo. Una ardillita de piel rojiza cruzó como una bala el senderó. No sentí el menor interés.

Se me había echado a perder el día.

Me lo habían echado a perder Courtney y aquella estúpida serpiente verde.

Delante de mí, oía a los chicos comentar entre carcajadas lo sucedido. Cada vez que le miraba, Hat me sonreía como diciendo: «La verdad es que hoy te has lucido, Eddie.»

No es tan grave, me decía a mí mismo. Me he asustado por una serpiente. Y me ha tenido que salvar Courtney. ¿Y qué?

—Cuidado, Eddie. Hay una oruga. ¡Podría morderte! —exclamó

alguien desde un matorral que se veía más adelante.

—¡Dejadme en paz! —exclamé furioso.

Mientras caminaba por el sendero, el bosque se convirtió para mí en una brillante y borrosa mancha verde. Los otros chicos se afanaban en confeccionar las listas de sus hojas de trabajo.

Pero yo era incapaz de ver nada que apuntar. El aire se tornó cálido y húmedo. Notaba la camiseta pegada a la espalda. Pequeños mosquitos blancos revoloteaban alrededor de mi cara.

Me alegré cuando se terminó el sendero y salimos cerca del aparcamiento. Habíamos descrito un círculo completo. El autobús de la escuela se hallaba al borde de la hierba, con la puerta abierta, como invitándonos a entrar.

Pero nadie estaba subiendo al autobús.

Para mi sorpresa, vi un nutrido grupo de chicos agolpados en círculo a unos metros del autobús. Permanecían en silencio, mirando fijamente ante sí.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Charlene, que se dirigía a toda prisa hacia el silencioso círculo.

—¡Es Courtney!—me respondió.

Yo también eché a correr.

Los chicos mantenían un silencio absoluto. Nadie se movía.

¿Le había sucedido algo terrible a Courtney?

3

¿Qué le había ocurrido? ¿Se había desmayado o algo así? ¿Le había mordido algún animal del bosque?

Eché a correr por la hierba y me abrí paso a través del círculo de chicos.

Allí estaba Courtney, de pie en el centro del círculo, con una excitada sonrisa en el rostro.

Me equivocaba. A Courtney no le había sucedido nada terrible.

Estaba presumiendo otra vez.

Tenía levantada la mano y enseñaba a todo el mundo la palma abierta. Sobre ella se movían dos enormes abejorros.

Contuve el aliento y me quedé mirando junto a los otros.

Al mirarme, la sonrisa de Courtney se hizo más amplia.

Uno de los abejorros había cruzado la muñeca y le bajaba por el brazo. El otro permanecía en el centro de la palma de su mano.

El señor Melvin y la señora Prince se hallaban también en el círculo, enfrente de Courtney, y sus rostros mostraban admiración. El señor Melvin sonreía. La señora Prince tenía los brazos cruzados rígidamente ante sí. Parecía un poco más preocupada que el señor Melvin.

—Los abejorros no pican si no se les provoca —dijo suavemente Courtney.

—¿Qué se siente? —preguntó un chico.

—Como una especie de cosquillas —respondió Courtney.

Algunos se tapaban los ojos. Otros gemían o se estremecían.

—¡Deshazte de ellos! —le apremió alguien.

El abejorro remontó el brazo de Courtney en dirección a la manga de su camiseta. Me pregunté qué haría si se le metía dentro.

¿Sería presa del pánico?

¿Se pondría histérica, gritando y sacudiendo los brazos para librarse del insecto?

No. De ninguna manera, Courtney, no.

La fría y serena Courtney nunca se dejaba dominar por el pánico.

El otro abejorro caminaba lentamente por su mano.

—Hace cosquillas. Ya lo creo que sí —Courtney soltó una risita. Sus rubios cabellos brillaban a la luz del sol. Sus azules ojos centelleaban de excitación.

¡Vamos, abejita, pícale! ¡PÍCALE!, urgí en silencio.

Me pregunté si alguien más tendría el mismo secreto deseo.

Era un pensamiento ruin, lo reconozco. Pero Courtney lo estaba pidiendo a voces.

¡Vamos, sólo una picadura!, rogué, concentrándome con todas mis fuerzas.

El abejorro que subía por el brazo se dio la vuelta al llegar a la manga de la camiseta y regresó hacia el codo de Courtney.

—Realmente, los abejorros son muy pacíficos —dijo tranquilamente Courtney.

Los dos abejorros estaban ahora en la palma de su mano.

Courtney me sonrió. Sentí que un estremecimiento me recorría la espalda. ¿Cómo hace eso?, me pregunté.

Debo confesar que las abejas me dan miedo. Siempre me han dado miedo desde que una me picó cuando era pequeño.

—¿Quiere alguien probar a hacerlo también? —preguntó Courtney.

Se oyeron unas risitas nerviosas. Nadie era lo bastante loco como para ofrecerse voluntario.

—¡Toma, Eddie, cógelos! —exclamó Courtney.

Y, antes de que yo pudiera moverme, gritar, agacharme o hacer algo, echó la mano hacia atrás ¡y me lanzó los dos abejorros!

4

Grité y di un paso atrás.

Oí un coro de entrecortadas exclamaciones a mi alrededor.

Uno de los abejorros me dio en el hombro y cayó sobre la hierba.

El otro aleteó en dirección a la pechera de la camisa de Hat y se posó en ella.

—¡Largo! ¡Vete de aquí! —gritó Hat, sacudiéndose la camisa con las dos manos e iniciando una frenética y aterrorizada danza.

Algunos chicos chillaban. Pero la mayoría reía con estrepitosas carcajadas.

Yo tenía la vista fija en el abejorro que había caído sobre la hierba.

Éste, alzó el vuelo zumbando ruidosamente y se me tiró a la cara.

Solté un grito y caí de rodillas, agitando las manos sobre la cabeza.

—Creo que ya es hora de volver a la escuela —oí decir al señor Melvin por encima de las carcajadas de los demás chicos.

Courtney me dirigió una afectada sonrisa cuando pasé junto a ella por el pasillo del autobús. Mantuve la vista fija al frente y pasé rápidamente de largo, sin hacerle caso.

A medida que avanzaba por el pasillo, varios chicos imitaban el zumbido de las abejas, otros silbaban como serpientes. A todo el

mundo le regocijaba que Hat y yo nos hubiésemos portado como unos gallinas.

Suspiré y me dejé caer en el último asiento. Hat se desplomó a mi lado y se echó la gorra sobre los ojos.

El asiento se extendía de lado a lado en toda la anchura del autobús. Molly y Charlene se reunieron con nosotros. Ésta mascaba furiosamente su chicle. Molly trataba de despegarse el suyo de las abrazaderas de su aparato corrector.

Ninguno de nosotros dijo nada hasta que el autobús arrancó.

Luego empezamos a gruñir en voz baja acerca de Courtney y de lo presuntuosa que era.

—Se cree que es el no va más en todo —murmuró Hat con desdén.

—Se comporta como si no le tuviera miedo a nada —añadió Charlene—. Como si fuese Superwoman o algo así.

—Echarle esos abejorros a Eddie ha sido una broma asquerosa —añadió Molly, forcejeando todavía por despegarse el chicle.

—Sabe lo gallina que es Eddie —terció Hat—. Sabía que se pondría a gritar como un idiota.

—¡Oye, que tú también te asustaste! —exclamé, no queriendo parecer tan crío.

—¡Pero si estoy de tu parte, hombre! —insistió Hat, dándome un amistoso codazo.

Le respondí con otro codazo. Estaba realmente furioso. Sobre todo conmigo mismo, supongo.

—Tiene que haber algo que a Courtney le dé miedo—dijo Charlene en tono pensativo.

El autobús se detuvo ante un semáforo. Miré por la ventanilla y vi que estábamos junto al bosque que llegaba hasta el río Lodoso.

—Puede que les tenga miedo a los Monstruos del Lodo—sugerí.

Mis tres amigos se echaron a reír amargamente.

—Qué va —replicó Charlene—. Ya nadie cree realmente en los Monstruos del Lodo. Eso es un viejo y estúpido cuento chino. Es imposible que pueda asustarle a Courtney.

Existe en nuestra ciudad la leyenda de que los Monstruos del Lodo viven bajo las fangosas orillas del río. A veces, cuando hay luna llena, los Monstruos del Lodo se levantan del lecho del río,

chorreando lodo, y buscan víctimas que sepultar con ellos en el fango.

Es un buen relato. Yo me lo creía cuando era pequeño. Mi hermano, Kevin, siempre me llevaba a aquel lugar del bosque. Me hablaba de los Monstruos del Lodo y, luego, se echaba a temblar y señalaba con el dedo y decía que los veía. Yo intentaba no asustarme, pero no podía evitarlo. ¡Siempre acababa gritando y echando a correr!

—¿Todavía está tu hermano haciendo esa película sobre los Monstruos del Lodo? —preguntó Hat.

Asentí con la cabeza.

—Sí. Tendrías que ver los trajes tan horribles que han confeccionado. Son realmente espantosos.

Kevin y varios amigos suyos estaban grabando un vídeo doméstico para una de sus clases de escuela superior. Era una película de terror titulada *Los Monstruos de Lodo de Río Lodoso*.

Yo le rogué que me dejara intervenir en ella. Pero él replicó que no podía correr riesgos.

—¿Y si los verdaderos Monstruos del Lodo se levantan y empiezan a perseguirte? —preguntó con una sonrisa.

Traté de explicarle que ya era lo bastante mayor como para no asustarme más con ese cuento. Pero Kevin no me permitió participar en el vídeo.

El autobús reanudó su marcha con una sacudida. Miré hacia delante y vi que Courtney y Denise estaban con la cabeza vuelta hacia nosotros, mirándome y riéndose.

Me volví hacia mis amigos.

—Tenemos que encontrar una manera de asustar a Courtney —dije acaloradamente—. ¡Tenemos que hacerlo!

—Eddie tiene razón —convino Hat—. Tenemos que encontrar la forma de asustar a Courtney y ponerla en ridículo delante de todos los chicos. Si no, nunca permitirá que nos olvidemos de lo sucedido hoy.

—Pero es tan valiente, tan atrevida... —dijo Charlene, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué podríamos hacer para asustarla?

Emitimos un apagado suspiro, al tiempo que meneábamos la cabeza, pensando intensamente.

Entonces vi que Molly mostraba una maligna sonrisa que se extendía por su cara. Se subió las gafas. Tras los cristales, sus ojos pardos centelleaban de excitación.

—Creo que tengo una idea —susurró.

5

—Mi hermano tiene una serpiente de goma de lo más repugnante —susurró Molly. Su excitada sonrisa se ensanchó aún más.

Nos apiñamos los cuatro en el borde del asiento. Cada vez que el autobús daba un bote estábamos en un tris de caer al suelo.

—Courtney no tiene miedo a las serpientes —la interrumpió Hat—. Le gusta acariciarlas. ¿Recuerdas?

—Aquélla era una estúpida serpiente verde —susurró Molly—. La serpiente de goma de mi hermano es grande y negra. Tiene la boca abierta y unos colmillos enormes, blancos y afilados. Su cara tiene una expresión feroz y...

—¿Parece real o se ve que es de mentira? —pregunté yo.

El autobús cogió un pronunciado bache y todos saltamos casi medio metro en el aire.

—Parece real —respondió Molly, cuyos ojos le chispeaban tras los cristales de las gafas—, es cálida al tacto y como pegajosa.

—¡Uf! —exclamó Charlene, haciendo una mueca.

—A mí me ha asustado con ella docenas de veces —confesó Molly—. Tiene un aspecto tan real y repugnante que siempre me engaña. Una vez que metí la mano bajo la almohada en plena noche y la encontré allí, estuve gritando por lo menos una hora. Nadie podía conseguir que me callara.

—¡Estupendo! —declaró Hat.

Yo tenía todavía mis dudas.

—¿De veras crees que hará gritar a Courtney?

Molly asintió con la cabeza.

—Se pondrá histérica. Completamente histérica. ¡Esa serpiente de goma es lo bastante horrible como para asustar a una serpiente de verdad!

Soltamos una sonora carcajada. Algunos de los que iban delante se volvieron para ver qué era tan gracioso. Vi a Courtney y Denise en el primer asiento, escribiendo en sus cuadernos. Probablemente, estaban pasando a limpio las anotaciones de sus hojas de trabajo. Tenían que ser estudiantes perfectas en todos los sentidos.

—Estoy impaciente por darle un buen susto a Courtney —dije mientras el autobús se detenía ante la escuela—. ¿Seguro que puedes cogerle esa serpiente a tu hermano, Molly?

Molly me dirigió una sonrisa.

—Sé en qué cajón la guarda. La tomaré prestada.

—Pero ¿qué haremos con ella? —le preguntó Charlene—. ¿Cómo vamos a asustar a Courtney con ella? ¿Dónde la esconderemos?

—En su bolsa del almuerzo, naturalmente —le respondió Molly.

Los cuatro bajamos del autobús sonriendo de satisfacción.

Siempre dejábamos las bolsas del almuerzo en una estantería baja que había al fondo del aula. Almorzamos en clase porque la escuela es tan pequeña que nunca pusieron un cafetería. Además, el almuerzo de Courtney resultaba fácil de localizar: era el más grande del estante.

Su madre siempre le ponía dos bocadillos y dos latas de zumo, además de una bolsa de patatas fritas, una manzana, un poco de queso y generalmente uno o dos bollos rellenos de frutas.

No sé por qué le ponía su madre tanta comida. Era imposible que Courtney pudiera comérselo todo. A la hora del almuerzo se convertía en toda una heroína porque compartía gran parte de lo suyo con otros chicos menos afortunados.

A la mañana siguiente, llegué a la escuela un poco tarde. Las bolsas del almuerzo estaban ya esparcidas por el estante. Vi en un extremo la abultada bolsa de papel marrón de Courtney.

La observé mientras dejaba la mía en el otro extremo. ¿Habría tenido éxito Molly en su misión? ¿Habría podido meter la serpiente de goma en la bolsa?

Me era imposible saberlo con sólo mirar la bolsa. Pero bastaba observar a Molly para disipar mis dudas. Tenía la cara roja de excitación y no dejaba de lanzarme nerviosas miradas.

Sí.

Molly lo había logrado.

Ahora sólo teníamos que sobrevivir las tres horas y media que faltaban hasta el almuerzo.

¿Cómo iba yo a poder concentrarme en nada? Me revolvía constantemente en el asiento y giraba la cabeza para mirar la abultada bolsa de Courtney.

No hacía más que imaginar lo que sucedería. Una y otra vez, me representaba mentalmente la maravillosa escena. Veía a Courtney sentada a la mesa enfrente de Denise, como siempre. La veía cotorrear. La veía meter la mano en la bolsa de papel marrón...

Veía la horrorizada expresión de la cara de Courtney. Imaginaba su chillido. Imaginaba a la serpiente asomando de la bolsa, enseñando los colmillos y con los ojos relucientes como brasas.

Me representaba a Courtney lanzando chillidos de terror y a todos los demás riéndose y burlándose de ella. Me imaginaba a mí mismo acercándome con aire indolente y cogiendo la serpiente con la mano. «Pero si es de goma, Courtney —diría yo, sosteniéndola en alto para que la viese todo el mundo—. No deberías tenerles miedo a las serpientes de goma. Son inofensivas. ¡Completamente inofensivas!»

¡Qué victoria!

Hat, Molly, Charlene y yo nos pasamos toda la mañana cruzándonos sonrisitas y lanzando secretas miradas de un lado a otro. Creo que no oí una sola palabra de lo que decía el señor Melvin.

No sabría decir qué palabras estaban escritas en la pizarra, ni qué ejercicios de matemáticas había en mi hoja de repaso. Para mí no era más que una mancha borrosa de números y extraños signos.

Mis tres amigos y yo nos pasamos la mayor parte de la mañana dirigiendo ansiosas miradas al reloj. Finalmente, llegó la hora del almuerzo.

Los cuatro nos quedamos rezagados. Esperamos en nuestras mesas y contemplamos cómo Courtney y Denise se dirigían juntas a

la parte de atrás de la clase para coger sus bolsas.

Vimos a Courtney agacharse delante de la estantería. Primero le entregó a Denise su bolsa. Luego, tomó la suya.

Se encaminaron las dos hacia la mesa en que siempre se sentaban. Retiraron las sillas y tomaron asiento una frente a otra.

Ya está, pensé, conteniendo el aliento.

Ha llegado el gran momento.

6

Mis amigos y yo corrimos a coger nuestros almuerzos. No queríamos que nadie se preguntara por qué nos quedábamos allí mirando a Courtney.

Nos sentamos a nuestra mesa habitual. Yo mantenía los ojos fijos en Courtney. ¡Estaba tan nervioso e impaciente que creía que iba a estallar!

Courtney empezó a abrir su bolsa del almuerzo.

En ese preciso instante, el señor Melvin, en la parte de atrás, exclamó:

—Oh no. Olvidé traer el almuerzo.

—Eso no es problema —respondió Courtney.

El señor Melvin se acercó a su mesa. Se inclinó y empezó a hablar con ella. Yo no podía oír lo que decían. Siempre hay mucho ruido en la clase a la hora del almuerzo con todo el mundo hablando y riendo, haciendo crujir sus bolsas y desenvolviendo sus bocadillos.

Hat, Molly, Charlene y yo éramos los únicos que permanecíamos en silencio. Nos quedamos mirando cómo continuaban hablando Courtney y el señor Melvin.

—¿De qué hablan? —me preguntó Hat en un susurro—. ¿Por qué no le deja abrir la bolsa?

Me encogí de hombros, sin apartar los ojos de Courtney. Su cara tenía una expresión pensativa. Luego, le sonrió.

Y entonces le dio su bolsa.

—No, no se preocupe —le dijo Courtney al señor Melvin—.

Puede compartir mi almuerzo. Ya sabe que mi madre siempre me pone demasiado.

—Oh, no —susurré. Me sentí súbitamente abrumado.

—¿Le avisamos? —me preguntó Hat.

Era demasiado tarde.

Todavía en pie junto a la mesa de Courtney, el señor Melvin abrió la bolsa y metió la mano dentro. Entornó los ojos con aire desconcertado.

Luego, lanzó un agudo grito de sorpresa al sacar la enorme serpiente negra.

La bolsa del almuerzo cayó al suelo. La serpiente de goma onduló brevemente en su mano.

Molly tenía razón. Parecía de verdad.

El señor Melvin lanzó otro grito y la serpiente cayó al suelo.

La clase se llenó de chillidos y gritos sobresaltados.

Courtney saltó de su asiento. Empujó suavemente al señor Melvin para quitarlo de en medio, y luego empezó a pisotear a la serpiente, con feroces y violentos pisotones.

Heroicos pisotones.

Instantes después, levantó la serpiente con la mano y dirigió una triunfal sonrisa al señor Melvin. La serpiente estaba partida en dos pedazos. Le había cortado la cabeza.

—¡Mi hermano me mata! —gimió Molly.

—Bueno, por lo menos le hemos dado un susto al señor Melvin —dijo Charlene a la salida de la escuela. Ella siempre procura ver las cosas por el lado bueno.

—No puedo creer que se pasara el resto de la tarde intentando averiguar quién metió la serpiente en la bolsa —exclamó Hat.

—Courtney no hacía más que mirarnos —dije yo—. ¿Creéis que sospecha de nosotros?

—Probablemente —respondió Hat—. Me alegra haber salido de ahí.

—El señor Melvin tiene un chillido la mar de gracioso —observó Charlene.

Molly guardaba silencio. Supuse que estaba pensando en lo que

le haría su hermano cuando descubriese que su serpiente de goma había desaparecido.

Caminábamos en dirección a mi casa. Habíamos acordado celebrar una reunión y tratar de encontrar un plan mejor para darle un susto a Courtney.

Hacía un día cálido y espléndido. Había estado lloviendo toda la semana. Era la temporada de lluvias en el sur de California. Pero aquel día el sol brillaba radiante en un cielo totalmente despejado.

Íbamos pensando en cómo habíamos estado a punto de que nos cogieran y en cómo habíamos fracasado en nuestro intento de darle un buen susto a Courtney.

Habíamos fracasado. Así que Courtney quedaba de nuevo como una heroína.

—Lo de la serpiente de goma no fue una buena idea —murmuró Hat mientras cruzábamos la calle para entrar en mi casa.

—Dínoslo a nosotros —gruñó Molly, poniendo los ojos en blanco.

—Courtney nunca picará con algo de pega —continuó Hat—. Para asustar a Courtney necesitamos algo de verdad. Algo vivo.

—¿Cómo? ¿Algo vivo? —pregunté.

Cuando Hat iba a contestarme, una voz de mujer le interrumpió.

Me volví y vi a la señora Rudolph, una de nuestras vecinas, que se nos acercaba corriendo. Tenía los rubios cabellos desordenados y una preocupada expresión en el rostro.

—¡Eddie, por favor, tienes que ayudarme! —exclamó.

7

Un escalofrío me recorrió toda la espalda. La señora Rudolph parecía aterrorizada.

—¿Qué o... ocurre? —tartamudeé.

Señaló hacia el cielo.

—¿Puedes ayudarme?

—¿Qué? —Seguí su mirada. Tardé unos momentos en darme cuenta de que señalaba a la rama de un árbol, no al cielo.

—Es Muttly, mi gato —me dijo la señora Rudolph, protegiéndose los ojos del sol con una mano sin dejar de señalar con la otra.

—Ya lo veo —exclamó Hat—. En aquella rama. La torcida.

—No sé cómo salió de la casa —dijo la señora Rudolph—. Nunca se sube a los árboles. Pero de alguna manera se ha encaramado ahí y no puede bajar.

Levanté la vista hacia las frondosas ramas. Sí.

Allí estaba Muttly. Bastante arriba. Emitía aterrorizados maullidos y arañaba la delgada rama.

Nos quedamos todos mirando al aterrorizado gato.

De pronto, sentí la mano de la señora Rudolph en mi hombro.

—¿Puedes trepar al árbol y cogerlo, Eddie?

Tragué saliva. No soy el mejor escalador de árboles del mundo. De hecho, detesto escalar árboles. Siempre me corto las manos con la corteza o me raspo la piel del estómago o algo.

—Deprisa, por favor —me rogó la señora Rudolph—. Muttly está muy asustado. Se... se va a caer.

¿Y qué si se cae? ¿No tienen siete vidas los gatos?

Eso fue lo que pensé. Pero no se lo dije a la señora Rudolph.

En lugar de ello, balbuceé algo acerca de lo alto que estaba.

—Se te da bien trepar a los árboles, ¿verdad? Quiero decir que todos los chicos de tu edad trepan a los árboles, ¿no? —Me miró fijamente con aire de desaprobación.

Piensa que soy un gallina, comprendí.

Si no subo al árbol y rescato a su estúpido gato, le dirá a mi madre que soy un alfeñique. La noticia correrá por todo el barrio: La señora Rudolph le pidió ayuda a Eddie y él se quedó allí sin hacer nada, farfullando tontas excusas.

—Me dan un poco de miedo las alturas —confesé.

—Venga, Eddie —me apremió Hat—. Puedes hacerlo. —Vaya un amigo.

Por encima de nosotros, el gato maulló sonoramente. Parecía el llanto de un bebé. Su cola se mantenía rígidamente erguida en el aire.

—Puedes hacerlo, Eddie —dijo Charlene, levantando la vista hacia el gato.

—Deprisa, por favor —rogó la señora Rudolph—. A mis hijos se les partirá el corazón si le ocurre algo a Muttly.

Vacilé, mirando el alto tronco de áspera corteza.

El gato volvió a maullar lastimeramente.

De pronto, la rama empezó a bambolearse. Las patas del gato forcejearon frenéticamente mientras el animal perdía el equilibrio.

Luego, oí el chillido del gato mientras comenzaba a perder el equilibrio.



Todos lanzamos un grito.

La rama se sacudía de arriba abajo. El gato se aferraba a ella con las patas delanteras, mientras las traseras se agitaban violentamente en el aire.

—¡Oh no, oh no, oh no! —repetía la señora Rudolph, tapándose los ojos con una mano.

El gato maullaba aterrorizado.

De alguna manera, consiguió encaramarse de nuevo a la temblorosa rama. Luego rompió a chillar de nuevo con despavoridos maullidos que parecían humanos.

La señora Rudolph bajó la mano con que se tapaba los ojos y me miró con expresión de disgusto.

—Supongo que será mejor que llame a los bomberos —dijo.

Yo sabía que debía abrazarme al tronco del árbol e impulsarme hacia arriba. Pero la verdad es que me dan miedo las alturas. Simplemente, no soy un buen trepador.

Con un suspiro de exasperación, la señora Rudolph se volvió y empezó a correr en dirección a su casa. Se detuvo al oír una voz de niña exclamar:

—Eh, ¿cuál es el problema?

Courtney subió a la acera montada en su reluciente bicicleta de carreras roja. Saltó a tierra y dejó que la bici cayera al suelo. Llevaba un mono blanco sobre una camiseta de color amarillo brillante.

—¿Qué pasa? —preguntó, echando a correr hacia nosotros.

—Mi gato… —dijo la señora Rudolph, señalando al árbol.

El gato lanzó un maullido de pánico.

Courtney levantó la vista hacia la oscilante rama.

—Yo lo bajaré —dijo. Se abrazó al tronco del árbol y empezó a trepar.

El gato maulló y otra vez estuvo a punto de caerse.

Courtney trepaba rápidamente, sin dificultad, enroscando las piernas en torno al tronco e impulsándose con las dos manos.

Instantes después, llegó a la rama, cogió al gato por el estómago con una mano y se lo arrimó al cuerpo. Luego, descendió con destreza hasta el suelo.

—Aquí tiene al pobre gatito —dijo Courtney, acariciando con suavidad la piel del animal. Se lo entregó a la señora Rudolph. El mono blanco y la camiseta amarilla de Courtney estaban manchados y cubiertos de trocitos de corteza. En los rubios cabellos tenía pedacitos de hojas.

—Oh, gracias —exclamó efusivamente la señora Rudolph, arrullando al gato, que continuaba maullando—. Muchas gracias, querida. Eres maravillosa.

Courtney se sacudió del mono parte de la suciedad que se le había adherido.

—Me gusta trepar a los árboles —dijo a la señora Rudolph—. Es realmente divertido.

Mi vecina volvió la vista hacia mí y su sonrisa se desvaneció al instante.

—Menos mal que hay alguien valiente en esta vecindad —dijo, con una mueca de desagrado. Le dio de nuevo las gracias a Courtney y, luego, se volvió y llevó el gato a la casa.

Yo me sentía abochornado. Quería que me tragara la tierra. Quería desaparecer y que nadie me volviese a ver jamás.

Pero allí estaba, de pie, con las manos en los bolsillos de mis pantalones vaqueros.

Y allí estaba Courtney, sonriéndome. Regodeándose. Recreándose en la situación con aquella afectada expresión en su cara.

Hat, Molly y Charlene permanecían en silencio. Cuando los miré, apartaron la vista. Sabía que se sentían turbados por mi

situación y furiosos porque Courtney nos había hecho quedar mal a todos otra vez.

Courtney recogió su bicicleta y empezó a alejarse. Pasó la pierna por encima de la barra y se sentó en el sillín. Luego, de pronto, se volvió hacia mí.

—Oye, Eddie, ¿fuiste tú quien puso aquella estúpida serpiente en mi almuerzo?

—¡Claro que no! —exclamé. Di una patada a la hierba.

Ella continuó mirándome, escrutando mi cara con sus ojos azules.

Sabía que me estaba poniendo colorado. Me ardían las mejillas. Pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

—Pensé que quizás hubieras sido tú —dijo Courtney, echándose el pelo por detrás de los hombros—. Pensé que quizás intentabas vengarte. Ya sabes. Por lo de la serpiente verde.

—Qué va—murmuré—. En absoluto, Courtney.

Mis tres amigos se revolvieron, inquietos. Hat empezó a tararear una canción.

Finalmente, Courtney puso los pies en los pedales y se alejó calle abajo.

—Tenemos que encontrar una manera de asustarla —mascullé con los dientes apretados cuando se hubo perdido de vista—, ¡Tenemos que hacerlo!

—¿ Qué tal si le echamos una tarántula viva por la espalda? —sugirió Hat.



El plan era sencillo.

El señor Dollinger, el profesor de Ciencias, tenía dos tarántulas metidas en una jaula en el laboratorio del segundo piso.

El jueves, Hat y yo nos introduciríamos en el laboratorio al terminar las clases. Cogeríamos una de las tarántulas y la esconderíamos en mi taquilla.

A la mañana siguiente, nada más terminar la reunión matinal, todos teníamos clase de gimnasia. Por encima del suelo del gimnasio hay una galería en la que se guarda el material. Hat y yo nos situaríamos en ella con la tarántula.

Luego, Molly y Charlene se pondrían a hablar con Courtney y la llevarían debajo de la galería. Cuando Courtney estuviese en la posición adecuada, uno de nosotros le echaría la tarántula en la cabeza.

Entonces, ella se pondría a chillar y la tarántula se le enredaría en el pelo y no podría soltársela, así que gritaría más aún, se pondría frenética y todos nos reiríamos a base de bien.

Un plan sencillo.

Era un plan que no podía dejar de salir bien.

¿Qué podría fallar?

El jueves, al terminar las clases, Molly y Charlene nos desearon buena suerte. Hat y yo entramos en el taller y fingimos estar trabajando en nuestros propios proyectos. En realidad, estábamos

esperando a que todos los chicos abandonaran el edificio de la escuela.

No tardó en hacerse el silencio en el pasillo. Asomé la cabeza por la puerta del taller. Estaba vacío.

—Listo, Hat —susurré, indicándole con un ademán que me siguiera—. Terminemos con esto.

Salimos al pasillo. Nuestros zapatos resonaban ruidosamente contra el suelo embaldosado. Los pasillos de la escuela tienen algo de siniestro cuando se ha marchado todo el mundo y reina el silencio.

Pasamos por delante de la sala de profesores, junto a la escalera principal. La puerta estaba ligeramente entreabierta y vi que se hallaban celebrando alguna clase de reunión.

Estupendo, me dije. Si los profesores están reunidos abajo, tendremos el laboratorio de Ciencias para nosotros solos.

Hat y yo subimos corriendo la escalera, apoyándonos en la barandilla y tratando de movernos lo más silenciosamente posible.

El laboratorio de Ciencias está situado en el segundo piso, al final del pasillo. Nos cruzamos con un par de chicos de octavo grado a los que no conocíamos. Pero no vimos a nadie más. No parecía haber profesores allá arriba. Probablemente, estaban todos en la reunión.

Hat y yo atisbamos en el interior del laboratorio. El sol del atardecer penetraba por las ventanas. Tuvimos que entornar los ojos para mirar por las largas filas de mesas.

—¿Señor Dollinger? —llamé. Sólo quería cerciorarme de que no estaba allí.

No hubo respuesta.

Los dos tratamos de colarnos por la puerta al mismo tiempo, pero no cabíamos. Hat se echó a reír con su risita aguda y nerviosa. Me llevé un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio. No quería que nos oyese nadie.

Hat me siguió por el pasillo central de la larga sala. El corazón empezó a latirme violentamente en el pecho. Mis ojos escrutaron la estancia.

La luz del sol pareció hacerse aún más brillante. Las acuarelas del bosque bajo la lluvia que todos habíamos pintado colgaban en la

pared que estaba detrás de la mesa del señor Dollinger. Un grifo goteaba en una de las pipas del laboratorio.

La puerta del alto armario metálico donde se guardaba el material, situado junto a la mesa del señor Dollinger, estaba abierta. Se lo señalé a Hat.

—Probablemente, eso significa que volverá aquí cuando termine la reunión de profesores —susurré.

El señor Dollinger es un fanático del orden. Él no dejaría un armario abierto toda la noche.

Hat me dio un codazo.

—Más vale que nos demos prisa.

—No me atosigues —gruñí.

Nos dirigimos hacia la jaula de las tarántulas, que reposaba sobre una mesa metálica arrimada a la pared. En realidad, era una caja de chapa de madera con tapa de red metálica.

Un repentino estampido me hizo detenerme a poco más de un metro de la jaula. Contuve el aliento y pregunté a Hat:

—¿Qué ha sido eso?

El sonido se repitió. Nos dimos cuenta de que era una persiana, agitada por el viento, que golpeaba contra la ventana abierta a nuestras espaldas.

Lancé un profundo suspiro de alivio. Miré a Hat y él me miró a mí. Se ajustó nerviosamente la gorra de béisbol sobre la frente.

—Eddie, quizás esto no sea tan buena idea —murmuró—. Quizá deberíamos largarnos de aquí.

Me sentí tentado de darle la razón y salir de allí corriendo a toda la velocidad de que fuese capaz. Pero luego recordé la presuntuosa sonrisa de Courtney cuando bajaba del árbol con el gato.

—Sigamos el plan —repliqué.

Deseaba con toda el alma darle un buen susto a Courtney. Lo deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo.

Hat y yo miramos a las tarántulas a través de la rejilla. La más grande se movía lentamente por un extremo de la jaula. La pequeña, más oscura, permanecía quieta, hecha una bola en el otro extremo.

—Jo —exclamé en voz baja—. Sí que son horribles.

Tenían las patas llenas de pelos erizados. Sus cuerpos parecían

repugnantes bolsas peludas.

—Cojamos la grande —exclamó Hat, extendiendo la mano hacia la tapa. Sonrió—. Hará un bonito «plop» cuando le caiga en la cabeza a Courtney.

Los dos nos echamos a reír. Hat sabía hacer ruidos la mar de graciosos.

Levantó la tapa de rejilla de la jaula y metió la mano para coger la tarántula grande. De pronto, se detuvo y se le borró la sonrisa.

—Tenemos un pequeño problema —dijo.

—¿Eh? ¿Cuál? —Volví nerviosamente la vista hacia la puerta. No había nadie allí.

—¿Dónde la vamos a meter? —preguntó Hat.

Lo miré boquiabierto.

—Oh.

—Olvidamos traer algo donde meterla —añadió Hat.

Bajó la tapa de la jaula. Las dos tarántulas avanzaban lentamente ahora la una hacia la otra.

—Sí. Bueno, necesitamos una bolsa o algo —dije. Recorrí con los ojos la superficie de las mesas.

—Una bolsa no sirve —replicó Hat, frunciendo el ceño—. Las tarántulas pueden desgarrar una bolsa.

—Oh, sí. Tienes razón.

—¿Por qué no pensamos en ello antes? —exclamó Hat—. ¿Por qué hemos sido tan estúpidos? ¿Qué creíamos que estábamos haciendo? ¡No puede uno meterse una tarántula en la mochila y llevarla por ahí!

—Cálmate —dije, indicándole por señas que bajara la voz. Me di cuenta de que estaba empezando a dejarse dominar por el pánico—. Aquí tiene que haber algo donde se pueda guardar una tarántula.

—Esto es realmente estúpido —gruñó—. ¿Imaginabas que me la iba a guardar en el bolsillo?

—Espera —repetí. Me acerqué a la mesa de al lado y cogí un recipiente de plástico. Era del tamaño de un queso y tenía una tapa de plástico—. Esto es perfecto —susurré, levantándolo en alto para que lo viera—. Le haré unos agujeros en la tapa.

—Date prisa —urgió Hat. Se quitó la gorra y se rascó la negra pelambrera.

Valiéndome de un lápiz, abrí varios agujeros en la tapa para que entrase aire. Luego llevé el recipiente de plástico hasta la jaula.

—Toma —dije, entregándoselo.

—Tienes que sostenerlo —me indicó Hat—. Yo no puedo sujetar el recipiente y coger la tarántula.

—Oh —exclamé con desolación. No quería estar tan cerca de la tarántula.

Me empezó a temblar ligeramente la mano. Pero sostuve el recipiente junto a la jaula, listo para taparlo en cuanto Hat dejase caer dentro una de las horribles criaturas.

Levantó la tapa y metió la mano en la jaula. Era realmente valiente. Enroscó la mano en torno al cuerpo de la araña grande y la levantó con facilidad. No titubeó ni torció el gesto.

Me sentí impresionado.

Casi se me cae el recipiente de plástico cuando él metió dentro la tarántula. La mano me temblaba violentamente. Pero conseguí aguantar.

La tarántula empezó a agitarse frenéticamente, moviendo las patas, deslizándose de modo errático sobre la resbaladiza superficie de plástico.

—No le gusta estar ahí dentro —dije con voz temblorosa.

—Peor para ella —replicó Hat, al tiempo que cerraba la tapa de rejilla—. Rápido, Eddie, pon la tapa en el recipiente.

Empecé a forcejear para encajar la tapa.

Casi lo había conseguido cuando oí un ruido de pasos al otro lado de la puerta. Y también voces.

Hat y yo contuvimos el aliento al comprender que estaba a punto de entrar el señor Dollinger.

10

Un débil gruñido se escapó de mis labios. La brillante luz del sol se volvió de pronto deslumbradoramente blanca. Sentí que el suelo oscilaba bajo mis pies.

Noté que el pánico me aplastaba. De pronto, tuve la impresión de que mi cuerpo pesaba una tonelada.

Oía al señor Dollinger hablando con otro profesor justo al lado de la puerta del laboratorio de Ciencias. Dentro de unos segundos, entraría y...

—¡Rápido, debajo de la mesa! —susurró Hat, con los ojos desorbitados por efecto del miedo.

Empecé a seguirle bajo la mesa. Pero me di cuenta de que aquél no era un buen escondite. El señor Dollinger nos vería en cuanto se acercara a su mesa.

—¡No, ahí no! —exclamé con voz ronca—. Ahí no...

Paseé la vista por la estancia. ¿Dónde podríamos escondernos? ¿Dónde?

—¡El armario del material! —exclamé. Agarré a Hat del brazo y lo llevé conmigo.

El alto armario metálico era lo bastante ancho para cobijarnos a los dos.

¿Nos daría tiempo?

Entramos apresuradamente, empujándonos el uno al otro.

Tiré de la puerta desde dentro. Se cerró con un chasquido en el instante mismo en que el señor Dollinger entraba en el laboratorio.

Hat y yo temblábamos en la oscuridad del armario mientras

oíamos los pasos que se acercaban. Mis dedos sujetaban con fuerza el recipiente de plástico que contenía la tarántula.

El señor Dollinger tarareaba algo por lo bajo. Le oí pararse delante del armario.

El corazón me golpeaba en el pecho con tanta fuerza que temí que el profesor lo oyera a través de la puerta.

Desplacé mi peso de un pie a otro y tropecé con Hat. No quedaba libre ni un centímetro de espacio. Oía la agitada respiración de Hat. Me di cuenta de que estaba tan asustado como yo.

¿Y si el señor Dollinger decidía abrir la puerta del armario?

Por favor, por favor, apaga las luces y vete a casa, rogué en silencio.

Le oí revolver papeles en su mesa, abrir y cerrar el cajón y cerrarse un libro de golpe. Más pisadas. Agua corriendo en una de las pilas.

Cerró el grifo. Continuaba canturreando por lo bajo. Más pisadas. El chasquido del interruptor de la luz.

Luego, silencio.

Pugné por oír por encima de los latidos de mi corazón. Silencio. No había más canturreos. No había más pisadas.

Hat y yo permanecimos inmóviles en la oscuridad, aguzando el oído.

—Se... se ha ido —tartamudeé finalmente—. Se ha marchado, Hat.

—¡Uf! —Hat lanzó un sonoro suspiro.

—¡Vámonos de aquí! —exclamé. Extendí el brazo para accionar el pestillo.

Tanteé con la mano en la oscuridad, recorriendo la superficie metálica. Localicé una fina barra de metal y tiré de ella. No se movió.

—¡Eh! —exclamé. Moví la mano lentamente a lo largo de la puerta tratando de encontrar un cerrojo o algo parecido.

—Deprisa. Abre la puerta del armario —me apremió Hat—. Está empezando a hacer calor aquí dentro.

—Ya lo sé —repliqué con voz tensa—. Es que... no puedo encontrar nada.

—Déjame probar a mí —dijo Hat con impaciencia. Me apartó la mano y empezó a tantear en la barra metálica.

—Tiene que haber un pestillo o algo —dije yo con voz aguda.

—Muy listo —gruñó Hat. Empezó a golpear la puerta con la palma de la mano.

Le agarré del brazo.

—Quieto. No la vas a abrir con eso. Y te acabará oyendo alguien.

—Prueba tú otra vez —ordenó. Su voz sonó realmente débil y asustada.

Tragué saliva. Noté de pronto un grueso nudo en la garganta. Sentía como si el corazón se me hubiera subido hasta el cuello.

Manoseé frenéticamente todo lo que encontré. Pero no podía hallar nada que abriese la puerta.

—Me rindo. Estamos... estamos encerrados, Hat— balbucí.

—No lo creo —murmuró.

El recipiente empezó a escurrírseme de la mano. Lo agarré con las dos manos... e hice un sorprendente descubrimiento.

La tapa se había abierto.

—Oh, no —murmuré.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Hat.

Haciendo una profunda inspiración, sacudí el recipiente.

Estaba vacío. No había ninguna tarántula.

Intenté decirle a Hat que la tarántula se había escapado, pero la voz se me estranguló en la garganta. Emití un sofocado sonido.

Entonces sentí un cosquilleo en la pierna, justo encima del calcetín.

Luego, una especie de pinchazo, como de un alfiler, un poco más arriba.

—Hat..., la tarántula... —logré musitar con voz ronca—. Me... me está subiendo por la pierna.



Los alfilerazos continuaban subiéndome por la pierna. Notaba el calor de la tarántula, el roce de su peludo cuerpo contra mi piel.

—Me... me va a pi... picar —tartamudeé—. Sé que lo va a hacer.

—No te muevas —me aconsejó Hat, que por su tono de voz parecía más asustado que yo—. No te muevas en absoluto.

Las patas del animal se hundían en mi piel como afiladas agujas.

—¡Tengo que salir de aquí! —grité. Sin pensármelo dos veces, bajé el hombro y cargué todo mi peso contra la puerta del armario.

Con un sonoro «pop», la puerta se abrió.

Un sobresaltado grito escapó de mis labios y salí proyectado por la fuerza de mi propio impulso. Caí de costado en el suelo y el vacío recipiente de plástico rodó por la estancia.

Respirando con fuerza, me puse en pie con toda rapidez y empecé a sacudir furiosamente la pierna.

La tarántula cayó al suelo y al instante comenzó a correr sobre el linóleo.

—¡Cógela! ¡Cógela! —grité.

Hat salió del armario y se lanzó tras la tarántula.

Yo cogí el recipiente de plástico y corrí junto a él. Hat levantó la tarántula en el aire. El animal agitaba y retorcía sus peludas patas, pero Hat no lo soltaba.

Tiró el horrible bicho dentro del recipiente.

—Esta vez cierra bien la tapa —advirtió.

—No te preocupes —dije. Me temblaban las manos. Pero encajé firmemente la tapa y comprobé y volví a comprobar el cierre tres

veces.

Poco después, Hat y yo bajábamos por la escalera para depositar la tarántula en mi taquilla. Todavía notaba en la pierna sus pinchazos, aunque sabía que no me había picado.

—¡Uf! ¡Menudo susto! —exclamó Hat.

—Eso significa que el resto del plan saldrá perfectamente —le aseguré.

Poco antes de las nueve de la mañana del día siguiente, Hat y yo estábamos escondidos de nuevo, esta vez en la estrecha galería que da sobre el gimnasio.

Mientras todos los compañeros de clase se ponían los pantalones cortos, la camiseta y las zapatillas de gimnasia, Hat y yo nos escabullimos del vestuario de los chicos. Hat llevaba el recipiente de la tarántula debajo de la camiseta y subimos corriendo a la galería.

Los cuatro nos habíamos estado llamando durante casi toda la noche para ultimar todos los detalles del plan. Realmente, era un plan muy sencillo.

Todo lo que Molly y Charlene tenían que hacer era llevar a Courtney debajo de la galería. Entonces, Hat le dejaría caer la tarántula en el pelo y todos la veríamos chillar, retorcerse y hacer el ridículo.

Sencillo.

—¿Y si Courtney no se altera? —me había preguntado Molly por teléfono—. ¿Y si se quita el bicho del pelo y pregunta tranquilamente si alguien ha perdido una tarántula?

—Eso es imposible —había replicado yo—. ¡Courtney es tranquila, pero no tanto! Por fuerza tiene que gritar y ponerse como una loca con una tarántula en el pelo. Si no, es que no es humana, sino una estatua o algo así.

—¿Listo, Hat? —pregunté, atisbando por el borde de la galería.

Asintió solemnemente, con los ojos fijos en las redes de balonvolea que había abajo.

En cuanto él levantó con cuidado la tapa del recipiente, la tarántula alzó dos patas como si quisiera alcanzarlo.

Oí voces abajo. Varias chicas habían salido de su vestuario.

Una de ellas cogió un balón y trató de encestar. El balón dio en el aro y rebotó.

—Agáchate. Pueden verte —susurró Hat.

Bajé la cabeza. Hacía calor en la galería, más que en la pista del gimnasio, y empecé a sudar.

Estábamos los dos de rodillas. Hat sostenía ante sí, con las dos manos, el recipiente de la tarántula.

Oí más voces abajo. Habían salido varios chicos que corrían por la pista haciendo botar un balón y pasándoselo unos a otros.

—¿Ves a Courtney? —susurró Hat.

Me incorporé ligeramente y miré hacia abajo.

—¡Sí!

Molly y Charlene mantenían a Courtney entre ellas. Las dos hablaban con gran excitación al mismo tiempo. Yo no podía oír lo que decían.

Courtney sacudía la cabeza. Le vi reír y luego menear de nuevo la cabeza. Vestía una amplia camiseta de color púrpura y pantalones cortos blancos sobre leotardos también púrpura. Llevaba los rubios cabellos recogidos en una cola de caballo sobre la nuca.

Un blanco perfecto, pensé con júbilo. Dirigí una sonrisa a Hat. Presentía que todo iba a salir bien.

Miré más allá de las redes de balonvolea y vi que el señor Russo, el profesor de gimnasia, estaba hablando en la puerta con otro profesor.

Estupendo, pensé. No queremos que el señor Russo toque el silbato y el partido de balonvolea dé comienzo antes de que nosotros nos hayamos encargado de Courtney.

Entretanto, Molly y Charlene continuaban una a cada lado de Courtney y seguían charlando con animación.

Mientras hablaban, fueron retrocediendo cada vez más hasta quedar casi en la posición adecuada.

—Unos pasos más y Courtney estará debajo de la galería —le susurré a Hat—. Ya está, Hat. Lo vamos a conseguir.

Estaba tan excitado que me sentía como si fuese a estallar. Las gotas de sudor me corrían por la frente y se me metían en los ojos. Me las sequé con la manga de la camiseta y miré hacia abajo.

¡Sí!

Molly y Charlene lo habían logrado. Habían llevado a Courtney al pie de la galería. Las tres estaban justo debajo de nosotros.

¡Perfecto!

—¡Hazlo, Hat! —susurré.

Hat no titubeó ni un instante. Aquello era demasiado perfecto. ¡Demasiado perfecto!

Con los ojos fijos en las tres chicas situadas directamente debajo, metió la mano en el recipiente y sacó la peluda tarántula.

Luego, se incorporó un poco más sobre el borde de la galería, sostuvo la tarántula sobre el vacío, apuntó cuidadosamente y la dejó caer.

12

Hat y yo nos asomamos por el borde de la galería para ver cómo caía la tarántula.

Ambos lanzamos un grito horrorizado cuando ésta fue a parar con un seco «plop» sobre el pelo de Molly.

—¡Has fallado, Hat! —exclamé.

Pero Molly estaba gritando con mucha más fuerza. Tenía la cara tan roja como un tomate y los ojos se le salían de las órbitas. Chillaba con toda la fuerza de sus pulmones y bailaba una extraña danza, saltando sin cesar, mientras batía el aire con las manos.

Varios chicos se acercaron con expresiones de sorpresa y sobresalto.

—¿Qué le pasa a Molly? —gritó alguien.

—¿Por qué hace eso?

—¿Qué le ha ocurrido?

Al mirar hacia abajo, me incliné tanto que casi me caigo como la tarántula.

La pobre Molly estaba ahora tirándose del pelo, sin dejar de chillar y saltar.

Lancé una exclamación de alivio cuando por fin consiguió arrancarse la tarántula de sus negros cabellos. La sostuvo unos momentos en la mano y, luego, todavía chillando, se la echó a Charlene.

A mi lado, en la galería, Hat se estaba riendo. Pero yo me sentía demasiado conmocionado para encontrarlo divertido.

¿Cómo había podido Hat fallar en una cosa tan fácil?

Charlene lanzó un grito que hizo estremecerse las vigas del gimnasio. Se pasó la tarántula de una mano a otra.

Luego, la dejó caer al suelo, a sus pies, y a continuación dio un salto hacia atrás sin dejar de gritar, apretándose las mejillas con las dos manos.

Todos los que estaban en el gimnasio se habían apiñado a su alrededor. Algunos parecían confusos. Otros reían. Un par de chicas trataban de calmar a Molly, que tenía los pelos de punta.

—Oh, Dios. Oh, Dios —repetía sin cesar, mientras sacudía la cabeza—. Oh, Dios.

Agarrándome con las dos manos al borde de la galería, vi a Courtney inclinarse y recoger con suavidad la tarántula del suelo. Se la puso en la palma de la mano y pareció murmurarle palabras tranquilizadoras.

Los chicos habían formado un círculo en torno a Courtney. Permanecieron en silencio, mirando, mientras ella mantenía la tarántula junto a su cara.

—Es sólo una tarántula —dijo, acariciándole con un dedo el peludo lomo—. Las tarántulas no suelen picar. Y, si lo hacen, no duele mucho.

Los chicos empezaron a comentar de nuevo en susurros lo valiente que era Courtney. Vi a Molly y Charlene consolándose mutuamente en la parte exterior del círculo. Charlene le estaba acariciando el pelo a Molly, cuyo cuerpo todavía se estremecía.

—¿De dónde ha salido esta tarántula? —estaba preguntando Courtney.

Vi que Molly, nos miraba con expresión furiosa. Levantó el puño y lo agitó hacia nosotros.

Me agaché para ocultarme tras la pared de la galería.

—El plan no ha salido demasiado bien —murmuró Hat.

Es todo un maestro en el arte de decir las cosas suavemente.

No nos dábamos cuenta de que el desastre no había terminado.

—Vámonos de aquí —susurré.

Demasiado tarde. Al levantar la vista, nos encontramos con que el señor Russo nos estaba mirando con expresión furiosa.

—¿Qué hacéis aquí arriba? —preguntó con tono receloso.

Me volví hacia Hat. Él me devolvió inexpresivamente la mirada.

A ninguno de los dos se nos ocurrió ninguna buena respuesta.

—Vamos abajo —dijo suavemente el señor Russo, mientras sostenía la puerta abierta para que pasáramos—. Tendremos una larga conversación.

Podría haber sido peor, pensé.

Hat y yo tuvimos que quedarnos después de clase a limpiar el laboratorio de Ciencias todas las tardes durante las dos semanas siguientes. También tuvimos que escribir una redacción de dos mil palabras acerca de por qué está mal robar seres vivos y dejarlos caer sobre la cabeza de la gente.

También es cierto que Molly y Charlene no nos hablaban a Hat ni a mí.

Pero podría haber sido peor. Quiero decir que, ¿y si Hat y yo estuviéramos todavía encerrados en el armario del material? Eso sería peor, ¿no?

Al atardecer, yo estaba sentado en la cama, pensando sombríamente en la clase de gimnasia y en cómo se había ido al garete nuestro plan.

Todo es culpa de Courtney, me dije, estirando distraídamente de un pequeño desgarrón que había en la colcha.

Courtney se había movido en el último momento.

Tenía que haberse movido. Hat no podía tener tan mala puntería.

Lancé un amargo suspiro mientras veía mentalmente de nuevo a Courtney recogiendo tranquilamente la tarántula del suelo y acariciándola. «Es sólo una tarántula —había dicho Courtney. Tan presuntuosa. Tan superior—. Es sólo una tarántula. No suelen picar.»

¿Por qué no le picó en la mano?

Eso le habría borrado de la cara su satisfecha expresión.

¿Por qué tenía que ser siempre tan absolutamente valiente?

Courtney se merece que le den un susto de muerte, pensé con tristeza. Estiré del pequeño desgarrón de la colcha, convirtiéndolo en un desgarrón grande.

La verdad es que lo está pidiendo a voces; está pidiendo que la asusten hasta dejarla sin habla.

Pero ¿cómo, cómo, cómo?

Sentado en el borde de la cama, tenía la cabeza baja y los hombros encorvados. Me incliné distraídamente hacia delante y agarré la colcha.

Me parecía ver de nuevo a Hat dejando caer la tarántula. La volvía a ver aterrizar en la cabeza de Molly.

¡No! ¡No! ¡No!

De nuevo, Molly volvía a empezar su frenética y furiosa danza.

La desdichada imagen se borró de mi mente cuando de repente me di cuenta de que no estaba solo. Levanté los ojos hacia la puerta y contuve una exclamación.

Un monstruo alto y delgado, de cuyo rostro caían goterones de sangre oscura que llegaban hasta el suelo, avanzaba tambaleándose hacia mí.

13

El alto monstruo avanzó hacia mí dando bandazos, con los brazos extendidos hacia delante, listo para agarrarme.

—¡Kevin, vete de aquí! —grité—. ¡Estás llenando de lodo todo el suelo!

Mi hermano mayor, Kevin, dejó caer los brazos a los costados.

—No es lodo de verdad, chaval —dijo—. Es maquillaje.

—¡Me da igual! —repliqué con voz estridente, al tiempo que saltaba de la cama y le daba un fuerte empellón en el estómago—. Está goteando por todas partes.

Él se echó a reír.

—Te he asustado, ¿eh?

—¡Ni lo más mínimo! —insistí—. Sabía que eras tú.

—Creías que era un Monstruo del Lodo —dijo, sonriéndome por entre la sustancia viscosa de color marrón anaranjado que le resbalaba por la cara—. Reconócelo, chaval.

Detesto que me llame chaval. Supongo que por eso lo hace.

—No pareces un Monstruo del Lodo —le dije aviesamente—. No pareces más que un montón de basura.

—Esta tarde hemos asustado a varios crios que entraron en el bosque —comentó en tono jocoso—. Deberías haberles visto la cara. Corrimos hacia ellos gritando ¡BUUÚ! Dos de ellos se echaron a llorar —rió.

—Lárgate —murmuré. Volví a empujarle hacia la puerta y me pringué las manos con la sustancia espesa y viscosa que le cubría.

—El vídeo ya está casi terminado —me dijo, secándose

deliberadamente la mano en mi cuaderno abierto. Miró la oscura mancha que había dejado en mis deberes de matemáticas—. Puede que te deje verlo cuando esté acabado.

—¡Apártate de mis cosas, Kevin! —exclamé con furia. Luego recordé lo que quería pedirle y cambié de tono—. ¡Oye! ¿Puedo salir yo en el vídeo? —rogué—. ¿Sí? Dijiste que tal vez pudiera salir en él, ¿recuerdas?

—Oh, vamos, chaval —sacudió la cabeza—. Te asustarías demasiado.

—¿ Qué? —¿Me estaba tomando el pelo?

—Te asustarías demasiado, Eddie —repitió, rascándose la frente a través del espeso y húmedo maquillaje—. Completamente solo allí, en el bosque oscuro, con tres Monstruos del Lodo paseándose a tu alrededor. Te derrumbarías.

—¡Eh…! —¡exclamé con irritación—. No tiene ninguna gracia, Kevin. Tú prometiste…

—No, no prometí nada —insistió Kevin. Un goterón de maquillaje se le desprendió del hombro y cayó con un sonoro chasquido al suelo.

—Vaya, vas a tener que limpiar eso —dijo, sonriendo maliciosamente.

—¡Te lo voy a hacer comer! —grité, furioso, cruzando los brazos sobre el pecho.

Él se limitó a reír.

De pronto, tuve una idea.

—Kevin, ¿querrás ayudarme en una cosa?

—Probablemente, no —respondió, sonriendo todavía—. ¿Qué es?

—¿Tienes alguna buena idea para asustar a alguien? —pregunté.

Me miró entornando los ojos. Luego se señaló la viscosa sustancia anaranjada y marrón que le cubría todo el cuerpo.

—¿No da bastante miedo esto?

—No. Quiero decir, alguna otra forma de asustar a alguien —respondí, preguntándome cómo explicárselo. Finalmente decidí no darle más rodeos y decírselo claramente—. Unos amigos y yo estamos intentado darle un buen susto a esa Courtney.

—¿Por qué? —preguntó Kevin, apoyando una embadurnada

mano sobre mi cómoda.

—Ya sabes, sólo por divertirnos —respondí.

Asintió con la cabeza.

—Pero no hemos podido asustarla nada en absoluto —continué —. Todo lo que intentamos sale mal.—Me dejé caer sobre la cama.

—¿Qué habéis intentado hasta ahora? —preguntó Kevin.

—Oh, un par de cosas. Una serpiente y una tarántula —dije—. Pero no se asustó.

—Demasiado pequeñas —murmuró. Se apartó de la cómoda. Observé que había dejado una mancha oscura en el costado.

—¿Qué quieres decir con eso de «demasiado pequeñas»? —quise saber.

—Demasiado pequeñas —repitió—. Estáis intentado asustarla con cosas pequeñas. Tenéis que asustarla con algo grande. Ya sabes. Quizá con algo que sea tan grande como ella.

Reflexioné acerca de lo que decía. Parecía razonable.

—¿Qué quieres decir con «grande»? —pregunté—. ¿Te refieres a algo así como un elefante?

Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿De dónde vas a sacar un elefante, Eddie? Me refiero a algo así como un perro grande. Ya sabes, un enorme perro gruñón.

—¿Un perro? —Me rasqué la cabeza.

—Sí. Digamos que esa Courtney está pasando por la calle o quizá dando una vuelta por el bosque y de pronto oye unos furiosos gruñidos y bufidos. Levanta la vista y ve un perro enorme, con la boca abierta y enseñando los colmillos, que se abalanza sobre ella. Eso la asustará. Seguro.

—No está mal —dije pensativamente— No está mal. Eres un genio, Kevin, De veras.

—Dímelo a mí —replicó. Salió de la habitación dejando tras de sí un reguero de fango.

Un perro enorme y gruñón, pensé. Me lo representé mentalmente. Me lo imaginé levantando la cabeza en dirección a la luna y aullando como un lobo.

Luego me imaginé a Courtney caminando inocentemente por una calle oscura. Oye un ruido. Un gruñido sordo. Se para. El miedo le dilata los ojos.

¿Qué es ese ruido?, se pregunta.

Y entonces lo ve. El perro más grande, perverso y furioso que jamás haya existido. Sus ojos despiden un fulgor rojo. El perro retrae los gruesos labios para mostrar una boca llena de afilados colmillos.

Con un gruñido estremecedor, da un salto. Se le tira directamente a la garganta.

Courtney grita pidiendo socorro. Luego, se vuelve y echa a correr desesperadamente, chillando y llorando como una niña aterrorizada.

«Aquí, chucho», llamo al animal.

El perro se para. Da media vuelta. Se dirige rápidamente hacia mí, meneando la cola. Courtney está todavía llorando, temblando convulsivamente, mientras el perro me lame suavemente la mano.

«No es más que un perro —le digo—. Los perros no te hacen ningún daño, ¡a menos que noten que tienes miedo!»

Salté de la cama, riendo a carcajadas.

Decididamente, vale la pena intentarlo, pensé, lleno de excitación. Decididamente, vale la pena.

Pero ¿a quién conozco yo que tenga un perro enorme y feroz?

14

El sábado por la tarde estábamos en el jardín trasero de la casa de Charlene, probando el nuevo juego de croquet que le había comprado su padre. Era un día gris. Altos nubarrones impedían el paso del sol y proyectaban largas y oscuras sombras sobre el césped.

El rugido de un cortacésped que funcionaba en la casa de al lado hacía un poco difícil oírnos. Yo les estaba contando a Molly, Charlene y Hat la idea de mi hermano para asustar a Courtney.

—Un perro grande y furioso sí que da miedo —admitió enseguida Hat, que golpeó fuertemente con el mazo su pelota verde y mandó la mía volando contra el seto.

Molly frunció el ceño. Todavía no nos había perdonado el incidente de la tarántula, aunque ya le habíamos pedido disculpas por lo menos mil veces. Se estiró la camiseta amarilla por encima de los ajustados pantalones de ciclista y se dispuso a golpear su pelota.

—Lo que necesitamos es un perro que parezca realmente malvado —dijo Molly. Golpeó con fuerza su pelota, que falló el aro y rebotó en una estaquilla de madera.

—Supongo que mi perro, Mantequilla, podría hacerlo —sugirió Charlene, con un suspiro.

—¿Quién? ¿Mantequilla? —exclamé con sorpresa—. No bromees, Charlene. Mantequilla es un infeliz. No asustaría ni a una mosca.

En el rostro de Charlene se dibujó una burlona sonrisa.

—Mantequilla podría hacerlo —repitió.

—Oh, seguro —exclamé, poniendo los ojos en blanco—. Es

realmente temible. Por eso le pusiste un nombre tan terrible como Mantequilla.

—Te toca —me dijo Molly, señalando mi pelota en el seto.

—Este juego es un rollo —me quejé—. ¿Cómo puede gustarle a alguien?

—A mí me gusta —me replicó Hat. Él iba ganando.

Charlene acercó las manos en torno a la boca, a modo de bocina, y gritó:

—¡Mantequilla! ¡Mantequilla! ¡Ven aquí, bestia feroz!

Instantes después, el corpulento san bernardo vino hacia nosotros desde el costado de la casa. Sacudía violentamente su blanca y peluda cola, contoneando la grupa mientras corría sobre la hierba con la grande y roja lengua fuera.

—¡Oh, qué miedo! ¡Qué miedo! —exclamé sarcásticamente. Dejé caer mi mazo de croquet y me abracé a mí mismo fingiendo estremecerse de pavor.

Mantequilla no me hizo ningún caso. Corrió hacia Charlene y empezó a lamerle la mano emitiendo sonidos que recordaban el maullido de un gato.

—Oooh, es un tipo duro —exclamé.

Hat se puso a mi lado, mientras se ajustaba la gorra de béisbol sobre los ojos.

—Es un grande y bonachón san bernardo, Charlene —dijo Hat, inclinándose para rascarle detrás de las orejas al perro—. No resulta nada impresionante. Necesitamos un gran lobo. O un doberman de metro y medio de alto.

Mantequilla hizo girar su cabezota para lamerle la mano a Hat.

—¡Puaf! —Hat hizo un gesto de repugnancia—. Detesto la baba de perro.

—¿Dónde podemos encontrar un verdadero perro de ataque? —pregunté, recogiendo mi mazo y apoyándome en él como si fuera un bastón—. ¿Conocemos a alguien que tenga un perro guardián? ¿Un corpulento y horrible pastor alemán, por ejemplo?

Charlene continuaba sonriendo burlonamente, como si supiera algo que los demás ignorábamos.

—Dadle una oportunidad a Mantequilla—dijo misteriosamente —. Podríais sorprenderos.

Las nubes cubrieron de nuevo el sol. El aire se enfrió de pronto mientras sombras grises corrían sobre la hierba.

El cortacésped del otro lado del seto enmudeció. El jardín pareció de repente fantasmalmente silencioso e inmóvil.

Mantequilla se dejó caer en la hierba y rodó sobre el lomo. Sus cuatro patas se agitaron en el aire mientras se rascaba el lomo contra el césped.

—No parece demasiado impresionante, Charlene—dijo Hat, riendo. El perro parecía más bien estúpido.

—Aún no hemos hecho nuestro número —replicó Charlene —.Observad.

Se volvió hacia el perro y empezó a silbar. Un sonido sin la menor armonía, sólo un silbido estridente y monótono.

El corpulento san bernardo reaccionó al instante. En cuanto oyó el silbido de Charlene, rodo de costado y se puso en pie. Su cola se proyectó rígida tras él. Todo su cuerpo pareció ponerse rígido. Irguió las orejas.

Charlene continuó silbando. No muy fuerte. Con un constante sonido de baja intensidad y notas largas y agudas.

Mientras mirábamos, sorprendidos y en silencio, Mantequilla empezó a gruñir. El gruñido se inició en lo más profundo de su estómago. Parecía colérico y amenazador.

Retrajo los oscuros labios, dejando al descubierto sus enormes dientes.

Gruñó con más fuerza, hasta que el gruñido se convirtió en un avieso bufido.

Los ojos del perro fulguraban coléricamente. Tensó el lomo. Arqueó la cabeza hacia atrás como si se preparase para atacar.

Charlene tomó aliento y silbó un poco más. Tenía los ojos fijos en el perro.

—¡Mantequilla, coge a Eddie! —gritó de pronto Charlene—. ¡Coge a Eddie! ¡Mata! ¡Mata!

15

—¡No! —grité, retrocediendo hacia el seto.

El perro gruñó una advertencia. Luego, saltó para atacar.

Levanté los brazos ante mí a modo de escudo y esperé el impacto.

Seguí esperando.

Cuando vi que Charlene tenía abrazado al perro por el cuello y sonreía, bajé lentamente los brazos. Mantequilla se volvió y le estampó un baboso beso de perro en la frente.

—¡Has caído, Eddie! —exclamó Charlene—. Eso es por lo de la tarántula.

Molly se echó a reír.

—Te has tomado un buen desquite, Charlene.

—Jo —exclamé en un suspiro. El corazón me palpitaba todavía con fuerza. El jardín entero me daba vueltas.

—Es un buen truco —dijo Hat a Charlene—. ¿Cómo se lo enseñaste?

—No se lo enseñé —respondió Charlene, dando al perro un último abrazo y apartándolo luego de su lado—. Fue pura casualidad. Un día estaba yo silbando y Mantequilla se puso frenético. Empezó a gruñir y a bufar, enseñando los dientes.

—Supongo que no soporta tu forma de silbar —exclamé, sintiéndome un poco más normal.

—No aguanta que nadie silbe —replicó Charlene, sacudiéndose pelos de perro de los pantalones cortos—. Quizá le hace daño en los oídos o algo así. No sé. Pero ya ves cómo se pone. Se vuelve loco

cada vez que alguien silba.

—¡Es formidable! —declaró Hat.

—Realmente, puede aterrorizar a Courtney —dijo Molly.

Nos quedamos mirando cómo el perro se alejaba pesadamente, con la lengua colgando casi hasta el suelo. Se detuvo para olisquear algo en un macizo de flores y luego desapareció por el costado de la casa.

—Pobre perro —comentó Charlene, sacudiendo la cabeza—. Detesta California. Siempre tiene calor. Pero cuando nos trasladamos aquí desde Michigan no pudimos separarnos de él.

—Me alegro de que no lo hicierais —exclamé con entusiasmo—. ¡Por fin le vamos a dar un susto de muerte a Courtney!

Molly dio unos golpecitos con su mazo en una pelota de croquet. Su rostro mostraba cierta preocupación.

—No iremos a hacerle realmente daño a Courtney, ¿verdad? —preguntó—. Quiero decir que Mantequilla no le atacará realmente, ¿no? Si pierde el control...

—Claro que no —se apresuró a responder Charlene—. Deja de gruñir y de comportarse violentamente en cuanto dejo de silbar. De veras. En cuanto cesa el silbido recupera su pacífica personalidad.

Molly pareció aliviada. Golpeó la pelota y la hizo pasar por un aro. Luego, utilizó el mazo para hacerla volver.

Definitivamente habíamos perdido todo interés en la partida de croquet. Planear cómo utilizaríamos a Mantequilla para aterrorizar a Courtney era mucho más excitante que cualquier otro juego.

El sol había logrado abrirse paso entre las altas nubes. La recortada hierba resplandecía bajo su luz.

Tiramos los mazos y nos dirigimos a la sombra del gran pomelo que se alzaba en el centro del jardín.

—Deberíamos asustar a Courtney en el bosque, en esa casa del árbol que ella y Denise construyeron junto al río Lodoso —sugerí, tumbándome en la hierba—. Es el lugar perfecto. Ella y

Denise solas en el bosque. De pronto, un perro salvaje salta sobre ellas. ¡Se van a pasar una semana gritando!

—Sí, es una buena idea —convino Hat—. En el bosque hay cantidad de sitios para escondernos y observar sin miedo a que nos descubran. Quiero decir que Charlene puede ocultarse detrás de un

matorral o un rododendro y ponerse a silbar sin parar. Estaremos todos escondidos. Courtney nunca sabrá quién lo hizo.

Sentada con las piernas cruzadas, Molly se mordía pensativamente el labio inferior. Se subió las gafas.

—No me gusta —dijo—. No tendrá gracia si no asustamos a Courtney delante de un montón de gente. Si la asustamos en el bosque, sin nadie cerca, ¿a quién le importa?

—¡A nosotros! —repliqué—. Nosotros lo veremos. Eso es lo que cuenta. Nosotros sabremos que por fin conseguimos aterrorizarla.

—También podemos presentarnos en el momento culminante para que sepa que la vimos aterrorizada —añadió con entusiasmo Charlene—. Luego, difundiremos lo ocurrido por toda la escuela y todo el mundo lo sabrá.

—¡Me gusta! —exclamó Hat.

—¿Cuándo lo haremos? —preguntó Molly.

—¿Qué tal ahora? —dije, poniéndome en pie de un salto.

—¿Cómo? ¿Ahora? —Charlene reaccionó con sorpresa.

—¿Por qué no? —aduje—. Vamos a hacerlo. Puede que tengamos suerte y encontremos a Courtney y Denise en su casa del árbol. Suelen ir mucho allí los fines de semana, ya sabéis, a estar, leer y pasar el rato.

—¡Sí! ¡Vamos! —Hat se levantó y me dio una palmada en la espalda—. ¡Hagámoslo!

—Voy a coger la correa de Mantequilla —dijo Charlene—. Supongo que no hay razón para esperar.—Se volvió hacia Molly, que vacilaba.

—Yo tengo una idea mejor —señaló Molly, quitándose una brizna de hierba del pelo—. Antes de ir al bosque, cerciorémonos de que Courtney está en la casa del árbol.

—¿Y cómo lo hacemos? —pregunté.

—Muy sencillo —respondió. Entonces Molly realizó la más asombrosa imitación de Denise—. Hola, Courtney. Reúnete conmigo en la casa del árbol dentro de diez minutos, ¿de acuerdo? —¡Era increíble! ¡Parecía la mismísima Denise!

Nos quedamos todos boquiabiertos de asombro.

—No sabía que fueses tan hábil, Molly —dijo Charlene, riendo.

—He estado practicando —respondió Molly—. Puedo imitar

toda clase de voces. La verdad es que soy bastante buena para eso.

—Molly, cuando seas mayor podrías hacer las voces de los dibujos animados —sugerí—. Podrías ser el pato Daffy. ¡Ya te pareces mucho a él!

Hat se echó a reír. Molly me sacó la lengua.

—Vamos adentro a llamar a Courtney —dijo ansiosamente Charlene al tiempo que abría la puerta de rejilla—. Si no está en casa, probablemente estará ya en la casa del árbol. En ese caso, cogeremos a Mantequilla y lo llevaremos allá. Si está en casa, Molly puede fingir que es Denise y decirle a Courtney que se reúna con ella allí.

Nos dirigimos a la cocina. Charlene le pasó a Molly el teléfono. Luego, trajo el inalámbrico para que los demás pudiéramos escuchar la conversación.

Molly marcó el número de Courtney. Enganchados al otro auricular todos nosotros contuvimos la respiración mientras escuchábamos las señales de llamada. Una. Dos.

A la segunda, Courtney descolgó el aparato.

—¿Diga?

Molly puso su mejor voz de Denise.

—Hola, Courtney. Soy yo.

Realmente parecía la propia Denise. ¡Yo creo que habría engañado a la mismísima madre de Denise!

—¿Puedes reunirte conmigo en el bosque? ¿Ya sabes, en la casa del árbol? —preguntó Molly con la voz de Denise.

—¿Quién llama? —inquirió Courtney.

—Yo, naturalmente. Denise —respondió Molly. —Es extraño — le oímos todos decir a Courtney—. ¿Cómo puedes ser tú Denise, si ella está en estos momentos aquí, a mi lado?

16

—Oh. Me he equivocado de número —dijo Molly, y colgó apresuradamente.

Llamar a Courtney no había sido una buena idea.

Nuestro plan no había salido como esperábamos. Pero estábamos seguros de que podíamos asustar a Courtney con Mantequilla. Sólo teníamos que sorprenderla en el bosque en el momento adecuado.

Al día siguiente, domingo, estaba lloviendo. Yo me sentí muy decepcionado.

Mi hermano Kevin estaba a mi lado junto a la ventana, viendo cómo golpeaban las gotas en el cristal. También se sentía muy decepcionado. Él y sus amigos habían planeado terminar en el bosque su vídeo de los Monstruos del Lodo.

—Hoy íbamos a grabar el gran final, cuando surgen del fango los Monstruos del Lodo —dijo.

—Tal vez deje de llover —aventuré yo.

—No importa —suspiró Kevin con resignación—. De todas maneras, hoy ya no podremos hacer ninguna toma.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Demasiado fango —respondió.

Fue transcurriendo la semana. Llovió casi todos los días.

El sábado por la tarde salió el sol. Charlene le puso la correa a Mantequilla y nos encaminamos hacia el bosque.

—Courtney tiene que estar allí. ¡Tiene que estar! —declaré.

—Alguien debe reconocer primero la casa del árbol —propuso Molly—. Alguien tiene que cerciorarse de que Courtney y Denise están allí antes de que soltemos a Mantequilla.

—¡Yo lo haré! —nos ofrecimos al unísono Hat y yo.

Todos se echaron a reír. Estábamos de buen humor. Creo que teníamos la grata impresión de que aquél era el día en que por fin le íbamos a dar un susto de muerte a Courtney.

El bosque estaba a poca distancia de la casa de Charlene. Era un día realmente precioso, el primero de toda la semana. Todo tenía una fresca fragancia después de tanta lluvia.

Mantequilla no hacía más que pararse a olisquear flores, arbustos y otras plantas. Charlene tenía que tirar continuamente de la correa para que siguiera andando. Era una tarea dura. ¡No resulta nada fácil tirar de un san bernardo si él no quiere dejarse!

—Tengo la boca seca —se quejó Charlene cuando nos acercábamos a la linde del bosque—. Espero poder silbar bien.

Lo intentó. Le salió bastante ronco. La verdad es que no parecía un silbido.

Pero eso no parecía importarle a Mantequilla, que levantó la cabeza al instante, irguió las orejas y tensó la cola.

Charlene silbó con más fuerza, pero no consiguió mayor potencia.

El estómago de Mantequilla empezó a emitir un sordo rumor, que pronto se convirtió en un gruñido. El gruñido se transformó en feroz bufido al tiempo que el corpulento perro enseñaba amenazadoramente los dientes.

—Basta, Charlene —dije—. No lo desperdicies.

Charlene dejó de silbar. El perro se calmó.

—¿Me da alguien un chicle? —preguntó Charlene, llevándose la mano a la garganta—. Tengo la boca completamente seca.

Molly le dio uno.

—¡Mantequilla está preparado! —declaró jubilosamente Hat mientras nos internábamos en el bosque.

Las sombras de las hojas danzaban en el suelo ante nosotros. Los centelleantes rayos de sol brillaban entre los árboles, y las ramitas y hojas secas crujían bajo nuestros pies mientras caminábamos.

—¡Vamos, chucho! —suplicó Charlene, tirando con fuerza de la

correa.

—¡Chist! —advirtió Molly—. Debemos guardar silencio. Si Courtney está en el bosque nos va a oír.

—¡Vamos, Mantequilla! —repitió Charlene en un susurro.

El perro empezaba a poner difíciles las cosas. No hacía más que pararse a olfatear. Tiraba de la correa, tratando de soltarse para poder andar a su aire. Supongo que había demasiados olores excitantes para él. Movía la cola sin cesar y jadeaba ruidosamente.

Nos habíamos adentrado ya bastante en el bosque y nos estábamos acercando al río. La oscuridad era allí mayor y hacía más frío. Sombras de tonalidad púrpura nos rodeaban mientras caminábamos.

—Yo me acercaré a la casa del árbol para ver si Courtney y Denise están allí —susurré. Le pasé a Hat la bolsa de papel marrón que llevaba—. Tenme esto. Vuelvo enseguida.

Hat miró suspicazmente la bolsa.

—¿Qué hay dentro?

—Ya lo verás —respondí y emprendí mi misión de reconocimiento. Avancé agachado a través de un trecho de altas hierbas.

Volví la vista hacia mis amigos. Se habían agrupado alrededor de Mantequilla. El corpulento perro se había echado en el suelo y mordisqueaba un palo.

Mientras caminaba por un angosto sendero que discurría entre los árboles, me di cuenta de que el corazón me latía violentamente a consecuencia de la excitación. ¡Por fin! Había llegado el día de nuestra victoria sobre Courtney.

La casa del árbol se hallaba cerca del río, al otro lado de un pequeño claro lleno de hierbajos. Al aproximarme oí el ruido del agua.

Me deslicé entre los árboles, manteniéndome en la sombra. No quería que Courtney ni Denise me viesen. Eso echaría a perder la sorpresa.

Al pensar en el susto que se iban a llevar se dibujó una sonrisa en mi rostro. Si estaban allí. . .

Me detuve en la linde del claro y escruté a través de él. Se veían docenas de pisadas en la hierba. Comprendí que mi hermano y sus

amigos debían de haber grabado allí parte de su vídeo de los Monstruos del Lodo.

Manteniéndome bajo los árboles, empecé a describir un círculo en torno al claro. Allí, al otro lado, se veía la casa de troncos de Courtney. Parecía

una gran caja de madera encaramada en la rama más baja de un viejo roble. Una escala de cuerda la comunicaba con el suelo.

¿Dónde estaban Courtney y Denise?

No las veía.

Avancé unos pasos más, apartando las altas hierbas a medida que me aproximaba.

—Oh —murmuré al notar un pinchazo en el hombro. Miré y me quité dos cardos de la manga de la camiseta.

Luego continué caminando, mientras procuraba no hacer el menor ruido a medida que me aproximaba a la casa del árbol.

Me detuve al oír voces. Eran voces de chicas.

Entonces vi a Courtney y Denise. Estaban justo delante de mí, andando por el bosque.

Me agazapé tras un grupo de frondosos arbustos.

Estaban a sólo unos metros delante de mí. ¿Me habrían visto?

No.

Hablaban excitadamente, enzarzadas en alguna especie de acalorada charla. Las observé a través de los arbustos. Las dos llevaban blusas azules que no les llegaban a la cintura y pantalones cortos blancos. Parecían gemelas.

Caminaban despacio en la otra dirección, arrancando distraídamente hierbas y flores silvestres al pasar.

¡Estupendo!, pensé. ¡Es perfecto!

¡Sabía que hoy era el día!

Di media vuelta y me alejé a toda prisa en silencio. Estaba deseando volver con mis amigos.

Los encontré en el mismo sitio, todavía apiñados en torno al perro.

—¡Haz tu papel, Mantequilla! —grité excitadamente, sonriendo y agitando las manos mientras corría hacia ellos.

—¿Quieres decir que están allí? —preguntó Hat, sorprendido.

—Allí están —respondí jadeante—:, esperando a llevarse el susto

de su vida.

—¡Estupendo! —exclamaron Molly y Charlene. Charlene tiró de la correa intentando que Mantequilla se levantara.

—Esperad —dije. Cogí la bolsa de papel que le había dado a Hat—. Antes de que Mantequilla se levante, vamos a ponerle esto primero.

Saqué el bote de crema de afeitar que había llevado.

—¿Para qué es eso? —preguntó Hat.

—Pensé que podríamos ponerle crema de afeitar alrededor de la boca —expliqué—. Ya sabéis. Para que parezca que está echando espumarajos. Los perros rabiosos siempre tienen espuma en la boca. ¡Cuando vean que las ataca un perro con la boca cubierta de espuma blanca, Courtney y Denise se van a caer en redondo!

—¡Excelente! —exclamó Molly, dándome una palmada en la espalda—. ¡Realmente excelente!

Todos me felicitaron. Debo reconocer que a veces tengo grandes ideas.

Mantequilla se puso pesadamente en pie. Empezó a tirar de Charlene en dirección al claro.

—Dejadle que se acerque más a ellas —susurró Charlene, mientras el perro trotaba entre los árboles, arrastrándola con él—. Luego lo embadurnamos con la cosa ésa y lo soltamos.

Molly, Hat y yo les seguíamos de cerca. Poco después, estábamos en la linde del claro. Nos detuvimos detrás de los altos y gruesos arbustos y nos agachamos. Allí quedábamos completamente ocultos.

Courtney y Denise habían entrado en el claro. Estaban de pie en la hierba, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada, mientras charlaban de un tema de discusión cualquiera que fuese.

Oíamos el murmullo de sus voces, pero no estábamos lo bastante cerca como para entender lo que decían. Desde más allá nos llegaba el sonido del riachuelo deslizándose sobre el fangoso lecho.

—Ha llegado el gran momento de tu actuación, Mantequilla —susurró Charlene, inclinándose para soltarle la correa al perro. Se volvió hacia nosotros—. En cuanto entre en el claro, empezare a silbar.

Yo agarré el bote de crema de afeitar y me eché en la mano una

bola de blanca espuma.

De repente, oí un ruido a nuestra espalda, entre los árboles.

Una sucesión de leves roces y chasquidos. Algo corría sobre las hojas y ramitas secas. De pronto apareció una ardilla en un hueco entre los arbustos.

Mantequilla también la vio y en el momento en que me inclinaba con la mano extendida para untarle la boca con la crema de afeitar, el corpulento perro se puso súbitamente en marcha.

Caí de bruces al suelo.

Levanté la vista a tiempo de ver al perro saltando entre los árboles, persiguiendo a la ardilla.

Mis tres amigos estaban ya en pie.

—¡Mantequilla! ¡Mantequilla! ¡Vuelve! —gritaba Charlene.

Me incorporé. Me había manchado toda la pechera de la camiseta de crema de afeitar. Haciendo caso omiso de ello, me volví y eché a correr tras ellos.

Me llevaban ya bastante ventaja. No podía verlos. Pero oía a Charlene gritar.

—¡Mantequilla! ¡Vuelve! ¿Dónde estás, Mantequilla?

17

Corrí todo lo deprisa que pude hasta alcanzar a mis amigos.

—¿Dónde... dónde está Mantequilla? —pregunté, jadeando.

—Por allá, creo —respondió Charlene, señalando en dirección a una aglomeración de árboles.

—No, creo que lo he oído por allí —replicó Hat, con el dedo extendido apuntando en dirección contraria.

—No podemos perderlo —dije yo, pugnando por recobrar el aliento—. Es demasiado grande para perderlo.

—No sabía que pudiese correr tan deprisa —comentó Charlene, consternada—. No hay duda de que quiere de veras coger a esa ardilla.

—¿No sabe que tiene un trabajo que hacer? —exclamó Molly, escrutando los árboles.

—Yo... no debería haberle soltado la correa —gimió Charlene—. Ahora no podremos encontrarlo nunca.

—Claro que sí —repliqué, tratando de parecer animoso—. Volverá con nosotros en cuanto se le haya escapado la ardilla.

Al caer al suelo, se me habían pegado hojas secas y tierra a la crema de afeitar y tenía ahora una mancha grande y oscura en la camiseta. Me la froté con la mano, mientras escudriñaba el bosque en busca de Mantequilla.

—Será mejor que nos separemos —dijo Charlene. Parecía realmente preocupada—. Tenemos que encontrarlo antes de que se meta en algún apuro. No está acostumbrado al bosque.

—Tal vez esté en la orilla del río —sugirió Molly, enderezándose

las gafas. Tenía una ramita enredada en el pelo. Se la quité.

—Dejemos de hablar y vayamos a buscarlo —apremié yo con impaciencia—. Quizá todavía podamos darles un susto con él a Courtney y Denise. Yo soy siempre el optimista del grupo.

—Busquémoslo —murmuró Charlene, con expresión tensa y preocupada—. Si algo le ocurriera a Mantequilla… —Estaba demasiado turbada para terminar la frase.

Nos separamos. Yo tomé el sendero que conducía hacia el río. Empecé a trotar, apartando ramas bajas de los árboles mientras recorría el sinuoso camino.

—¡Mantequilla! ¡Mantequilla! —iba llamando a media voz.

¿Cómo podía aquel estúpido perro organizarnos un lío así? ¿Cómo podía ser tan irresponsable?

—¡Ay! —Una aguzada espina me arañó la muñeca al pasar junto a un zarzal. Me detuve jadeando para examinar la herida. Una gotita de brillante sangre roja apareció en mi muñeca.

Haciendo caso omiso de ella, reanudé mi búsqueda.

—¡Mantequilla! ¡Mantequilla!

Me di cuenta de que debía de estar ya cerca del río. Pero no oía el ruido del agua.

¿Estaba en el camino adecuado? ¿Me había desviado en algún momento?

Empecé a correr más deprisa, saltando sobre troncos caídos, abriéndome paso por entre altos cañaverales. El terreno se tornó blando y pantanoso. Los pies se me hundían en el barro mientras corría.

¿No debería estar el claro justo aquí delante?

¿No debería estar el río a este lado del claro?

Me detuve. Me incliné, con las manos apoyadas en las rodillas, pugnando por recobrar el aliento.

Cuando levanté la vista comprendí que me había extraviado.

Traté de localizar el sol. Quizá pudiese recuperar mi sentido de la orientación. Pero el bosque era demasiado espeso y penetraba muy poca luz en él.

—Me he perdido —exclamé en voz alta, más sorprendido que asustado—. No lo puedo creer. Estoy perdido en el bosque.

Me volví tratando de encontrar algún detalle familiar. Esbeltos

árboles de troncos blanquecinos formaban una gruesa empalizada a mi espalda. Árboles más oscuros me rodeaban por los otros tres lados.

—Eh, ¿me oye alguien? —grité.

Mi voz sonó aguda y atemorizada.

—¿Alguien puede oírme? —repetí, haciendo un esfuerzo por gritar más alto.

No hubo respuesta.

Un ave graznó ruidosamente en lo alto... Oí un batir de alas.

—¡Eh, Hat! ¡Molly! ¡Charlene! —grité—. Repetí varias veces sus nombres.

No hubo respuesta.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¡Eh, me he perdido! —grité—. ¿Me oye alguien?

Entonces oí el crujir de unas pisadas a mi izquierda. Unas fuertes pisadas que se acercaban rápidamente.

—Eh, chicos, ¿sois vosotros? —exclamé, aguzando el oído.

No hubo respuesta. Las fuertes pisadas continuaron aproximándose.

Escruté los oscuros árboles.

Oí el graznido de otra ave. Un nuevo batir de alas.

Fuertes pisadas. Crujir de hojas secas.

—Mantequilla, ¿eres tú? ¿Mantequilla?

Tenía que ser el perro. Di unos pasos en dirección a los sonidos que se aproximaban.

Me detuve al ver el perro.

¿Mantequilla?

No.

Cuando me encontré ante los fulgurantes ojos rojos de otro perro se me cortó la respiración. Era un perro enorme y siniestro, casi tan grande como un poni, de piel negra y brillante. Bajó la bruñida cabeza y gruñó mientras sus ojos relucían coléricamente.

—Perrito bonito —dije con voz débil—. Perrito bonito.

Enseñó los dientes y lanzó un aterrador gruñido.

Luego, empezó a correr y, con un furioso bufido, se me tiró al cuello.

18

—¡Eh! —exclamó una voz alarmada en algún lugar detrás de mí.

El perro pareció detenerse en pleno salto.

Aterrizó sobre las cuatro patas, con los ojos fulgurantes como brasas calientes.

—¡Eh, fuera! —gritó la voz.

Me volví y vi a Hat que corría hacia mí blandiendo un largo palo en la mano.

—¡Fuera, perro! —gritó Hat.

El perro bajó la cabeza y lanzó un gruñido, sin apartar de mí los ojos. Retrocedió de mala gana un paso, con la reluciente cola negra entre las pesadas patas. Retrocedió otro paso. Y otro.

—¡Fuera! —grité yo también—. ¡Fuera!

No sé si se debió a que éramos dos o al palo que Hat blandía ante sí, pero, de pronto, la enorme criatura dio media vuelta y desapareció entre los árboles.

—¡Uf! —suspiró—. Menuda suerte. Me di cuenta de pronto de que llevaba tanto tiempo conteniendo el aliento que me dolía el pecho. Exhalé ruidosamente.

—¿Estás bien? —preguntó Hat.

—Sí, supongo —respondí con voz temblorosa—. Gracias por salvarme la vida.

Miró hacia los árboles entre los que había desaparecido el perro.

—¿Qué era, un perro o un caballo? —exclamó—. Tenía un aspecto horrible, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. De pronto, sentía la garganta seca. Me

costaba hablar. Sabía que continuaría viendo a aquella bestia feroz en mis pesadillas.

—¿Habéis encontrado a Mantequilla? —conseguí preguntar.

Hat dio una patada a un tronco caído. Sacudió la cabeza.

—No. Todavía no. Charlene está empezando a ponerse histérica.

—Yo... yo sé cómo se siente —tartamudeé. Miré hacia los árboles. Por un momento, me pareció ver al gigantesco perro negro que volvía por mí.

Pero era sólo una ráfaga de viento que agitaba las hojas.

—Será mejor que volvamos —dijo Hat, pegando una última patada al tronco caído.

Lo seguí por el sendero, que se curvaba y descendía luego por una pendiente. Pequeñas criaturas hacían crujir las hojas secas a nuestros pies. Ardillas, pensé.

No les prestaba atención. Continuaba pensando en el enorme y rugiente monstruo y en el apurado trance por el que había pasado.

Poco después alcanzamos a Molly y Charlene. Las dos parecían realmente angustiadas.

—¿Qué vamos a hacer? —gimió Charlene. Tenía las dos manos embutidas en los bolsillos del pantalón. Parecía a punto de echarse a llorar—. ¡No puedo ir a casa sin Mantequilla! —sollozó—. ¡No puedo!

—Apuesto a que tu perro se ha ido a casa —dijo Molly—. Apuesto a que ese estúpido chucho está ya allí.

A Charlene se le iluminó la cara.

—¿Tú crees? ¿No crees que esté perdido en el bosque?

—Los perros no se pierden —apunté yo—. Sólo se pierden las personas.

—Es cierto —convino Hat—. Los perros tienen un gran sentido de la orientación. Probablemente, Mantequilla está ya en casa.

—Vamos a comprobarlo —sugirió Molly, apoyando una consoladora mano en el hombro de Charlene.

—¿Y si no está allí? —preguntó angustiadamente Charlene—. ¿Entonces, qué?

—Entonces llamamos a la policía y les pedimos que nos ayuden a encontrarlo —respondió Molly.

La respuesta pareció satisfacer a Charlene. Los cuatro

comenzamos a salir lentamente del bosque.

Acabábamos de cruzar la última línea de árboles y nos dirigíamos hacia la calle cuando vimos a Courtney y Denise.

Estaban de pie en el bordillo. Había dos perros con ellas.

Mantequilla estaba a un lado de Courtney. Al otro lado se hallaba sentado el enorme perrazo negro.

—¡Hola! —exclamó Courtney mientras corríamos hacia ellas—. ¿Son de alguno de vosotros estos perros?

Me detuve y miré incrédulamente la escena.

Mantequilla lamía afectuosamente la mano de Courtney. El enorme perro negro le lamía con delicadeza la otra.

—¡El san bernardo es mío! —exclamó Charlene con júbilo.

—Deberías llevarlo con correa —le dijo Courtney—. Estaba completamente perdido cuando lo encontré. —Entregó a Charlene la correa de Mantequilla.

Charlene le dio las gracias.

—¿No es un encanto este otro chucho? —exclamó Courtney con arrobo. Se agachó y le dio un beso en el hocico al enorme monstruo.

Fue entonces cuando decidí desistir.

Comprendí que era imposible. No había forma, ninguna forma, de que pudiéramos asustar jamás a Courtney.

Había llegado el momento de reconocer la derrota, me dije.

Poco sabía yo el cariz que pronto iban a tomar las cosas.

19

Unas manos heladas, frías como la muerte, me rodearon el cuello.

Grité.

Charlene se echó a reír.

—¿Cuál es tu problema, Eddie? ¿Estás un poco tenso?

—¿Por qué tienes las manos tan frías? —pregunté, frotándome el cuello.

Mostró una lata de Coca-Cola.

—Acabo de sacar esto del frigorífico.

Todos se rieron de mí.

Estábamos los cuatro sentados en el cuarto de Charlene, pocos días después, tratando de decidir qué hacer. Eran aproximadamente las ocho y media de la noche de un jueves. Habíamos dicho a nuestros padres que estábamos estudiando juntos para nuestro examen final de matemáticas.

—Yo creo que debemos renunciar —dije apesadumbrado—. No podemos asustar a Courtney. Simplemente, no podemos.

—Eddie tiene razón —convino Hat. Estaba sentado junto a Molly en el sofá de cuero marrón. Yo permanecía echado en el gran sillón, enfrente de ellos. Charlene se había sentado sobre la gruesa alfombra blanca.

—Tiene que haber alguna manera —insistió Charlene—. Courtney no es un robot. ¡Tiene que sentir miedo alguna vez!

—Yo no estoy tan seguro —dije, sacudiendo la cabeza.

En ese momento entró Mantequilla en la habitación, moviendo

la cola. Se acercó a Charlene y empezó a lamerle el brazo.

—¡Sacad de aquí a ese traidor! —exclamé.

Mantequilla levantó la cabeza y me dirigió una larga y húmeda mirada con sus melancólicos ojos.

—Ya me has oído, Mantequilla —dije fríamente—. Eres un traidor.

—Es sólo un perro —replicó Charlene, defendiéndolo. Hizo que el peludo animal se sentara en la alfombra, a su lado.

—Desde luego, parece que Courtney les cae bien a los perros —comentó Molly.

—Y a las serpientes y a las tarántulas también —añadí yo con amargura—. No hay nada que le dé miedo a Courtney. Nada.

En el rostro de Molly se dibujó de pronto su característica expresión malévola.

—¿Queréis ver algo realmente aterrador? —preguntó. Alargó la mano hacia el otro extremo del sofá y le quitó a Hat la gorra de béisbol de la cabeza.

—¡PUAF! —exclamamos los tres a la vez—. ¡Espantoso!

El oscuro pelo de Hat estaba pegado como una pasta sólida a su cabeza. Parecía madera o algo así. Sobre la frente se le veía una marca de color rojo intenso producida por el borde de la gorra.

—¡Eh! —gritó Hat con irritación. Cogió la gorra y se la volvió a encasquetar en la cabeza.

—¿No te lavas nunca el pelo? —exclamó Charlene.

—¿Para qué? —replicó Hat—. Se levantó y fue hasta el espejo para ajustarse la gorra como a él le gustaba.

Continuamos hablando un poco más acerca de la posibilidad de asustar a Courtney. Todo el asunto nos tenía un tanto abatidos. No se nos ocurría ninguna buena idea.

Poco después de las nueve, mi madre llamó por teléfono y me dijo que tenía que ir a casa. Así que me despedí de mis amigos y salí.

Había estado lloviendo casi todo el día. El aire era fresco y húmedo. En los jardines de las casas brillaban los céspedes bajo la pálida luz de las farolas.

Mi casa estaba a cuatro manzanas de distancia en la misma calle. Deseé haber ido en bicicleta. No me gusta caminar solo a

semejantes horas. Algunas de las farolas estaban apagadas y todo resultaba un tanto siniestro.

De acuerdo. De acuerdo. Lo reconozco. Soy mucho más fácil de asustar que Courtney.

Unas manos frías en mi nuca bastan para hacerme saltar.

Tal vez fuera eso lo que deberíamos probar con Courtney, pensé mientras cruzaba la calle y empezaba a recorrer la manzana siguiente. Unas manos heladas sobre su nuca...

Estaba pasando junto a un solar, un largo rectángulo de altos hierbajos y matas exuberantes. Por el rabillo del ojo vi moverse algo por el suelo.

Una sombra fugaz, negra, se deslizaba sobre el suelo gris amarillento.

Algo se dirigía hacia mí atravesando las altas hierbas.

Tragué saliva, sintiendo que se me contraía la garganta. Apreté el paso e inicié un ligero trotecillo.

La sombra se deslizaba hacia mí.

Oí un débil gemido.

¿Era sólo el viento?

No. Parecía ser demasiado humano para ser el viento.

Oí otro gemido, más semejante a un grito esta vez.

Los árboles empezaron a estremecerse y a susurrar. Negras sombras avanzaban velozmente hacia mí.

Con el corazón golpeándome en el pecho con fuerza, eché a correr. Crucé la calle y continué corriendo.

Pero las sombras se abalanzaban sobre mí, cada vez más oscuras. Estaban a punto de engullirme.

Sabía que nunca llegaría a casa.

20

Corría tan deprisa como podía. Los árboles y los oscuros setos pasaban a mi lado como borrosas formas. Mis zapatillas golpeaban el húmedo pavimento con sonoros chasquidos.

La sangre me latía violentamente en las sienes cuando mi casa apareció a la vista. La amarillenta luz del porche proyectaba un radiante fulgor sobre el césped.

Ya casi estoy, pensé. Ya llego. Por favor, déjame entrar.

Instantes después, subía por el camino particular, pasaba como una bala junto al costado de la casa y me dirigía a la puerta de la cocina.

Con un último y desesperado acopio de energía, empujé la puerta con el hombro, salté al interior de la cocina, cerré de golpe la puerta a mi espalda y corrí el cerrojo.

Permanecí allí largo rato, con el pecho agitado por convulsivos jadeos y la garganta seca y dolorida, la espalda apoyada contra la puerta y pugnando por recobrar el aliento.

No tardé mucho en comprender que nadie me había estado persiguiendo realmente. Me di cuenta de que todo era fruto de mi imaginación.

Ya me había pasado antes.

Montones de veces.

¿Por qué soy tan asustadizo?, me pregunté, empezando a sentirme un poco más normal al verme por fin en casa sano y salvo.

Pero entonces, allí de pie en la desierta cocina, esperando a que el corazón dejara de golpearme el pecho, comprendí qué era lo que

mis amigos y yo habíamos estado haciendo mal. Comprendí por qué no habíamos sido capaces de asustar a Courtney.

—¿Eres tú, Eddie? —preguntó mi madre desde el cuarto de estar.

—Sí. Ya estoy en casa —respondí. Corrí por el pasillo y asomé la cabeza por la puerta del cuarto de estar—. Tengo que hacer una llamada —dije.

—Pero si acabas de llegar… —empezó a protestar mamá.

Yo iba ya por la mitad de la escalera.

—¡Sólo una llamada! —exclamé.

Volé a mi habitación, cogí el teléfono y llamé a Charlene. Contestó al segundo timbrazo.

—¿Diga?

—¡Lo hemos estado haciendo mal! —le dije, casi sin aliento.

—¿Eddie? ¿Ya estás en casa? ¿Has ido corriendo todo el camino?

—Lo hemos estado haciendo mal —repetí, sin hacer caso de sus preguntas—. ¡Tenemos que asustar a Courtney de noche! ¡De noche! No de día. ¡Todo da más miedo de noche!

Hubo un breve silencio. Charlene debía de estar reflexionando en lo que yo había dicho. Finalmente, respondió:

—Tienes razón, Eddie. Todo da mucho más miedo de noche. Pero seguimos sin tener ninguna buena idea.

—Sí, es cierto —admití.

—No podemos saltar de pronto sobre Courtney en la oscuridad gritando: «¡Buuu!» —señaló Charlene.

Ella tenía razón. La noche era, sin duda, el momento adecuado para asustar a Courtney. Pero necesitábamos una idea. Una buena y eficaz idea.

Extrañamente, fue la propia Courtney quien me dio la idea a la mañana siguiente.

21

En la reunión matutina estábamos debatiendo sobre monstruos.

Al principio de cada jornada celebramos siempre una reunión matutina. Nos congregamos en la zona destinada al efecto, en un extremo de la clase. El señor Melvin se apoya contra la pizarra o se sienta en un pequeño taburete de tres patas que tiene allí. Y debatimos toda clase de cosas.

En realidad, son siempre los mismos tres o cuatro chicos los que llevan el debate. Los demás nos limitamos a permanecer sentados fingiendo escuchar mientras nos esforzamos por despertarnos.

Naturalmente, Courtney es una de las que hablan. Siempre se muestra brillante y entusiasta, incluso a primera hora de la mañana. Nunca teme dar su opinión sobre cualquier cosa.

En esta ocasión, el señor Melvin nos estaba hablando de cómo la gente ha creído siempre en monstruos, desde tiempos muy antiguos.

—La gente necesita crear monstruos —dijo—. Eso nos ayuda a creer que el mundo real no es tan intimidante. El mundo real no es tan intimidante como los monstruos que nosotros podemos imaginar.

Continuó así durante un rato. No creo que nadie le estuviese escuchando realmente. Al fin y al cabo, era por la mañana muy temprano.

—Existen innumerables leyendas y mitos, relatos y películas sobre monstruos —estaba diciendo el señor Melvin—. Pero nadie ha demostrado jamás que existan monstruos. Principalmente, porque sólo existen en nuestra imaginación.

—Eso no es cierto —le interrumpió Courtney. Siempre hablaba sin levantar la mano primero. Le traía sin cuidado interrumpir a quien fuese.

El señor Melvin enarcó sus peludas cejas negras.

—¿Tienes pruebas de que existan monstruos, Courtney? —preguntó.

—Courtney es un monstruo —cuchicheó alguien a mi lado. Oí unas risitas.

Yo estaba sentado en la repisa de la ventana. El sol me calentaba la espalda. Molly se hallaba a mi lado, tratando de despegarse un poco de chicle de su aparato dental.

—Mi tío es científico —dijo Courtney—. Él me explicó que en Escocia existe realmente el monstruo del Lago Ness. Vive en ese lago y parece una serpiente marina. La gente lo ha fotografiado.

—Esas fotografías no demuestran realmente... —empezó a decir el señor Melvin.

Pero Courtney continuó hablando. Nunca se detenía hasta haber dicho todo lo que tenía que decir.

—Mi tío dice que el Abominable Hombre de las Nieves es real también. Él ha visto fotos de sus huellas tomadas en las montañas del Himalaya.

Se oyó un murmullo de comentarios. Miré a Hat, que estaba sentado en el suelo, en medio de la zona de reunión, y él volvió los ojos hacia mí.

—No todos los monstruos son imaginación de la gente —concluyó Courtney—. Los hay que existen de verdad. Lo que pasa es que a mucha gente le da miedo admitir que son reales.

—Es una teoría muy interesante —dijo el señor Melvin, rascándose el cuello—. ¿Alguien está de acuerdo con Courtney? ¿Cuántos de vosotros creéis en monstruos?

Varios chicos levantaron la mano. No me fijé en cuántos eran. Estaba sumido en mis propios pensamientos.

Courtney cree en monstruos, me dije. Realmente cree que los monstruos existen.

Lentamente, una idea empezó a fraguarse en mi mente.

Monstruos... monstruos...

Monstruos por la noche. En la oscuridad... Gracias a Courtney,

estaba empezando a elaborar el plan perfecto para asustarla. ¡El plan perfecto que no podía fallar!

22

Pedí a Kevin que me ayudara y se negó. Así que me llevé a Hat, Molly y Charlene para que le insistieran.

—A ver si lo entiendo bien —dijo Kevin, frunciendo el ceño—. ¿Queréis que yo y dos amigos nos pongamos nuestros disfraces de Monstruo del Lodo y asustemos a alguna chica en el bosque?

—A alguna chica, no —repliqué impaciente—. A Courtney.

—Se lo tiene merecido —se apresuró a añadir Charlene—. De veras. Es como si lo hubiera estado pidiendo a voces.

Era sábado por la tarde. Estábamos en el jardín trasero de casa. Kevin tenía la manguera de riego en la mano. Los sábados solía hacer muchos trabajos de jardinería. Ahora se disponía a regar las flores.

—El vídeo ya está terminado —dijo Kevin, ajustando la boquilla —. Estoy encantado de no tener que volver a ponerme ese disfraz y todo el chorreante maquillaje de la caracterización.

—¡Por favor! —supliqué.

—Será divertido —le dijo Hat—. Será la mar de divertido.

Kevin hizo girar la boquilla, pero no salió apenas agua.

—Tienes enredada la manguera —dije yo, señalando—. Deja que te la desenrede. —Me agaché y empecé a soltar el nudo que se había formado.

—Courtney y su amiga Denise tienen una casa en un árbol del bosque, cerca del río Lodoso —le dijo Charlene a Kevin.

—Ya lo sé —respondió él—. Allí hemos hecho nuestro vídeo. Utilizamos la casa del árbol. Los Monstruos del Lodo trepaban a la

casa para matar a un fulano. Resultaba genial.

—¡Formidable! —exclamó Molly—. ¿Qué tal una repetición?

—¡Por favor! —rogué. No hacía más que rogarle a Kevin desde que se me ocurrió la idea.

—De modo que queréis que esperemos los tres allí durante la noche, ¿no es eso? —preguntó Kevin.

Deshice el nudo de la manguera. El agua brotó y fue a parar directamente contra las zapatillas de Hat.

Gritó y dio un salto hacia atrás, sobresaltado. Nos echamos todos a reír.

—Lo siento —dijo Kevin, dirigiendo el agua hacia las flores—. Ha sido un accidente.

—Sí. Tú y tus amigos esperáis en el bosque. Luego, cuando esté bien oscuro, salís y le dais un susto de muerte a Courtney.

—Quieres decir que hagamos ruidos fantasmales y nos movamos balanceándonos a un lado y otro, fingiendo perseguirla —sugirió Kevin.

—Exacto —respondí ansiosamente. Me di cuenta de que empezaba a interesarse.

—¿Cómo conseguiréis que esté allí de noche? —preguntó Kevin.

Buena pregunta. La verdad es que no lo había pensado.

—Yo la llevaré allá —dijo de pronto Molly. Había estado muy callada toda la tarde.

—¿Fingirás que eres Denise? —pregunté—. No dio muy buen resultado el otro día.

—Esta vez no necesitaré ser Denise —respondió misteriosamente Molly—. No te preocupes. La llevaré allí.

Kevin levantó la manguera hasta que el chorro de agua se elevó por el costado de la casa. Estaba vuelto de espaldas a mí. Me di cuenta de que se hallaba reflexionando.

—¿Qué? ¿Lo harás? —pregunté, presto a reanudar mis súplicas y mis ruegos—. ¿Llevarás también a tus amigos?

—¿Qué gano yo con ello? —me preguntó Kevin, sin volverse.

—Pues... —Pensé rápidamente—. Seré tu siervo durante una semana, Kevin —dije—. Haré todos tus trabajos de jardinería. Cortaré el césped. Regaré y escardaré. Y... lavaré los platos todas las noches. Y limpiaré tu habitación.

Se volvió y me miró con los ojos entornados.

—Déjate de bromas —murmuró.

—¡No! ¡De veras! —insistí—. Seré un siervo total. ¡Total! Durante toda una semana.

Cerró la boquilla de la manguera. El chorro menguó y se convirtió en un hilillo.

—¿Qué tal un mes? —dijo.

Jo. Un mes era mucho tiempo. Un mes de hacer todos los trabajos de Kevin y cumplir todas sus órdenes. Un mes entero…

¿Valía la pena? ¿Valía la pena convertirme en un pobre siervo abrumado de trabajo durante un mes sólo para darle un buen susto a Courtney?

¡Claro que sí!

—De acuerdo —dije—. Un mes.

Sonrió y me estrechó la mano. La suya estaba mojada por el agua de la manguera.

Me entregó la manguera.

—Continúa tú, siervo —ordenó.

Cogí la manguera. El agua me goteó encima de los pantalones.

—¿Y cuándo queréis que aparezcan los tres Monstruos del Lodo? —preguntó Kevin—. ¿Cuándo queréis asustar a Courtney?

—Mañana por la noche —respondí.

23

No estoy muy seguro de cómo empezó la leyenda de los Monstruos del Lodo. Yo la oí por primera vez de pequeño. Me la contó otro chico que quería asustarme y, desde luego, lo consiguió.

La leyenda viene a ser algo así:

Algunos antiguos pobladores de nuestra ciudad eran demasiado pobres para construir casas. De modo que levantaron pequeñas chozas en el bosque, a lo largo de las orillas del río Lodoso.

El río era entonces mucho más grande, profundo y ancho. No era el fangoso riachuelo que es hoy.

Aquella gente era pobre y muy trabajadora, y en muy poco tiempo construyeron entre todos un poblado de chozas a la orilla del río. Pero los habitantes de la ciudad los despreciaban. Se negaban a prestarles la menor ayuda.

Los funcionarios municipales se negaron a compartir las reservas de agua de la ciudad con los habitantes del río Lodoso. Los comerciantes se negaban a venderles nada a crédito.

Muchos de los habitantes del río pasaban hambre. Muchos también estaban enfermos. Pero la ciudad rehusaba ayudarlos.

Todo esto sucedía hace unos cien años. Quizá más.

Una noche estalló una tormenta terrible, con aguaceros torrenciales y vientos huracanados.

Antes de que los habitantes del río pudieran ponerse a salvo, las aguas se desbordaron y cubrieron las orillas arrastrando una masa de negro y pesado fango.

El fango arrasó el poblado. Sepultó las chozas y a las personas.

Como la lava de un volcán, lo sepultó todo a su paso.

A la mañana siguiente no quedaba nada del poblado. El río cubría las fangosas orillas. El bosque se encontraba silencioso y desierto.

El poblado y todos sus habitantes habían desaparecido.

Sólo que no completamente.

Según la leyenda, una vez al año, en una noche de luna llena, los moradores del poblado se yerguen de entre el lodo. Son monstruos ahora, medio muertos, medio vivos. Son los Monstruos del Lodo.

Una vez al año, los Monstruos del Lodo se levantan de sus fangosas tumbas para danzar a la luz de la luna e intentar vengarse de los habitantes de la ciudad que en otro tiempo se negaron a ayudarlos.

Ésa es la leyenda local, tal como yo la conozco.

Naturalmente, no es cierta. Pero, en mi opinión, es una historia muy buena. Y se viene transmitiendo de boca en boca, generación tras generación.

La leyenda ha asustado a un montón de chicos. Incluido yo.

Ahora, el domingo por la noche, Kevin y sus dos compañeros Monstruos del Lodo iban a aterrorizar a Courtney, la chica imposible de aterrorizar.

Poco después de las siete de la tarde, Kevin estaba en el cuarto de baño, dando los últimos toques a su disfraz. Tenía la cara y el pelo cubiertos por una gruesa capa de lodo anaranjado y marrón. Llevaba una amplia camisa negra que le caía sobre unos abolsados pantalones negros. De la ropa también le goteaba lodo.

Me detuve en el umbral y lo examiné mientras él se aplicaba aún más cantidad de la viscosa sustancia.

—Jo. Tienes un aspecto horrible, de veras —le dije.

—Gracias, chaval —respondió—. ¿Has metido todo en el lavavajillas?

—Sí —contesté con un gruñido.

—¿Y has recogido toda la ropa sucia de mi cuarto y la has metido en el cesto?

—Sí —murmuré.

—Sí, señor —me corrigió—. Un siervo debe ser cortés siempre.

—Sí, señor —repetí. No me dejaba ni respirar desde que accedí a ser su siervo. ¡Era verdaderamente increíble la cantidad de cosas que encontraba para encomendarme!

Pero rápidamente se acercaba el gran momento, el momento que haría que mi mes de trabajo incesante valiese la pena.

Kevin se volvió hacia mí.

—¿Qué tal estoy?

—Pareces un montón de lodo —respondí.

Sonrió.

—Gracias.

Lo seguí hasta el vestíbulo. Cogió las llaves del coche de la mesita.

—Iré en coche a recoger a mis dos amigos —dijo, admirando su horrible aspecto en el espejo del vestíbulo—. Después, buscaremos algunos escondrijos en el bosque. ¿Quieres que te lleve?

Sacudí la cabeza.

—No, gracias. Debo ir primero a casa de Molly. Tenemos que ocuparnos de un pequeño detalle.

—¿De qué se trata? —preguntó Kevin.

—Hay que llevar a Courtney hasta el bosque —respondí.

24

—Hola, Eddie. ¿Qué ocurre? —preguntó el padre de Molly.

Estábamos en la cocina de Molly. Su padre abrió el frigorífico y sacó una lata de refresco. Luego buscó por entre los estantes, guiñando los ojos a la luz.

—Nada de particular, papá —respondió Molly—. Eddie y yo sólo estamos pasando el rato.

Él se apartó del frigorífico.

—¿Queréis jugar a deletrear o algo?

—No. No, gracias —se apresuró a responder Molly—. Esta noche no, ¿vale?

Miré el reloj de la cocina. Se estaba haciendo tarde. No teníamos tiempo para conversar con el padre de Molly. Teníamos que llevar a Courtney al bosque.

—¿Qué tal una partida de cartas? —insistió su padre, volviendo a meter la cabeza en el frigorífico—. Siempre has querido que te enseñara a jugar al póquer. No tengo gran cosa que hacer esta noche, así que...

—Eddie y yo tenemos que hablar de unas cosas —dijo Molly—. Y..., bueno..., tenemos que llamar a unos amigos.

Su padre pareció dolido. Sacó del frigorífico unas cuantas rodajas de fiambre y queso y empezó a prepararse un bocadillo.

—¿Os apetece algo?

—No —respondió con impaciencia. Ella me empujó hacia el cuarto.

—Tenemos que darnos prisa, Molly —susurré.

—Ya lo sé —replicó secamente. Se subió las gafas—. Toma. Puedes escuchar por este teléfono. Yo voy arriba a llamar a Courtney.

—¿Qué le vas a decir? ¿No intentarás hacerte pasar por Denise, eh? —Estaba empezando a sentirme nervioso de veras. Deberíamos haber llamado a Courtney mucho antes. No hubiéramos debido esperar hasta el último momento.

Molly me dirigió una misteriosa sonrisa.

—Vas a ver —me dijo con expresión de astucia. Luego, desapareció escaleras arriba.

Estuve como cosa de un minuto paseando de un lado a otro para darle a Molly tiempo suficiente para marcar. Después, descolgué cuidadosamente el auricular y me lo llevé a la oreja.

Molly tenía ya a Courtney al teléfono.

—¿Quién es? —preguntó Courtney.

—Soy Molly —fue la respuesta.

Contuve el aliento. ¿Por qué le decía Molly a Courtney la verdad?

—Hola, Molly. ¿Qué ocurre? —le preguntó Courtney sorprendida. Ella y Molly nunca habían sido íntimas precisamente.

—He oído algo que pensé que te interesaría —dijo Molly con voz jadeante—. Acabo de oír que se espera que esta noche aparezcan en el río los Monstruos del Lodo.

Hubo un largo silencio. Finalmente, Courtney dijo:

—Es una broma, ¿verdad?

—No —se apresuró a responder Molly—. Es cierto que lo he oído. Dijeron que hay luna llena y que ésta es la noche en que los Monstruos del Lodo se levantan todos los años.

—Déjate de historias, Molly —replicó sarcásticamente Courtney —. Vamos, dime. ¿Por qué me llamas?

No se lo traga, pensé, apretando con fuerza el teléfono. Estaba demasiado nervioso para respirar. Courtney no se lo está tragando. El plan de Molly ha fallado.

—Bueno, Courtney, tu dijiste en la escuela que creías en monstruos —respondió Molly—. Por eso, al oír lo de los Monstruos del Lodo, pensé que estarías deseando verlos.

—¿Dónde has oído eso? —preguntó recelosamente Courtney.

—En la radio —mintió Molly—. Acabo de oírlo en la radio. Han dicho que los Monstruos del Lodo van a presentarse en el bosque esta noche, cuando esté alta la luna.

—Bueno, pues ve tú —respondió fríamente Courtney—. Puedes contármelo el lunes en la escuela.

Oh, no, pensé. Fracaso. Fracaso total. El plan entero se ha ido al garete. ¡Mi hermano me mata!

—Sí, podría ir —respondió Molly, sin darse por vencida—. Quiero decir que no se tiene con frecuencia la oportunidad de ver monstruos de verdad. Pero si tienes miedo, Courtney, será mejor que te quedes en casa.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —exclamó Courtney con voz estridente.

—He dicho —repitió Molly—, que si tienes demasiado miedo debes mantenerte alejada del bosque.

—¿Yo? ¿Miedo? —La voz de Courtney se había convertido ahora en un susurro sibilante—. Yo no le tengo miedo a ningún Monstruo del Lodo, Molly. Te veré allí dentro de diez minutos. A menos que el miedo lo tengas tú.

—No, de verdad. Quédate en casa —dijo Molly—. No quiero ser responsable de nada. Si te entra el pánico y te pasa algo…

—Te veré allí —replicó secamente Courtney. Colgó.

Instantes después, Molly regresó. Traía una radiante sonrisa.

—¿Soy un genio o no? —preguntó.

—Eres un genio —respondí—. Vamos allá.

25

Cuando Molly y yo nos acercamos al bosque por el río Lodoso sentí un escalofrío. El aire era sorprendentemente frío y húmedo. Finos mechones de nubes negras pasaban flotando ante la luna, que permanecía suspendida sobre los árboles.

—Es excitante —dijo Molly, escrutando los oscuros árboles que teníamos delante—. No puedo creer que por fin vayamos a darle un buen susto a Courtney.

—Tampoco yo me lo puedo creer —convine—. No hago más que preguntarme qué saldrá mal esta vez.

—Nada saldrá mal —me aseguró Molly—. Deja de ser tan pesimista. Esta noche es la noche, Eddie.

Charlene y Hat nos estaban esperando en la linde del bosque. Molly los vio primero y les saludó con la mano. Echamos a correr hacia ellos.

—¿Habéis visto a mi hermano y a sus dos amigos? —pregunté, con la vista fija en la negrura del bosque.

—No —respondió Hat.

—Pero hemos visto a Courtney —nos informó Charlene—. Ella y Denise iban a toda prisa hacia la casa del árbol.

—¿Ha venido con Denise? —exclamé—. ¡Estupendo! ¡Aterrorizaremos también a Denise!

—¿Os han visto? —preguntó Molly.

—Qué va —respondió Charlene—. Hat y yo nos escondimos allí. —Señaló un grupo de espesos arbustos.

El bosque pareció tornarse más brillante de pronto. Levanté los

ojos y vi que las nubes se habían alejado de la luna. Sobre nosotros se derramaba una luz pálida y fantasmal.

De pronto los árboles se estremecieron con el viento. El movimiento de sus ramas llegaba hasta nosotros como un envolvente susurro.

—Mi hermano y sus amigos deben de estar escondidos junto al río —dije—. Venga, vamos. No debemos perdernos el gran momento.

Avanzamos por entre los árboles. Procurábamos caminar en silencio, pero bajo nuestros pies crujían ramitas y hojas secas.

Contuve una exclamación al oír un leve gemido, angustiado y lastimero.

Me detuve y agucé el oído. Otra vez.

—¿Qué... qué es eso? —balbucí en un estrangulado susurro.

—Parece un pájaro. Una paloma quizá —respondió Charlene.

Otro gemido. Sí. Era una paloma en lo alto de un árbol.

—Oye, Eddie, no estarás alucinando ya, ¿verdad? —inquirió Hat. Me dio una fuerte palmada en la espalda—. Tranquilo, hombre.

—Estoy tranquilo —murmuré. Me daba corte haberme dejado asustar por una estúpida paloma. Me alegré de que la oscuridad les impidiera ver que me había puesto colorado.

Alargué el brazo y le di la vuelta a la gorra de Hat, sólo para no pensar en la paloma.

—¡Eh! —protestó Hat, volviéndose como una bala.

—¡Chist! Silencio. Courtney y Denise nos van a oír —nos reprendió Molly.

Avanzamos rápidamente en dirección a la casa del árbol. La oscuridad se iba haciendo más intensa según caminábamos por entre los susurrantes árboles. Íbamos los cuatro muy juntos y sin pronunciar palabra.

Oí nuevos gemidos. Tenues gritos.

Me esforcé por ignorarlos. No estaba dispuesto a dejarme asustar por ningún otro pájaro.

Parecía como si lleváramos horas andando, pero yo sabía que sólo hacía un par de minutos que

habíamos empezado. Tenía la boca seca y me temblaban las

rodillas. Efecto de la excitación, supuse.

—¡Oh! —exclamé al tropezar con algo, una raíz saliente o una roca. Caí de bruces.

Hat y Charlene me levantaron enseguida.

—¿Estás bien? —susurró Charlene.

—Sí. Perfectamente —murmuré sacudiéndome la tierra de la ropa. Había caído sobre el codo derecho y me dolía.

—Deja de intentar asustarnos —me reprendió Charlene.

—No ha sido adrede —protesté. Frotándome el codo dolorido, los seguí por el sendero.

Nos detuvimos en la linde del claro. Desde la oscuridad que proporcionaba la vegetación, miramos en dirección a la casa del árbol.

Era más una plataforma con paredes que una casa. Quiero decir que no tenía techo ni nada. Courtney y Denise estaban encaramadas en ella, apoyadas en un costado.

La luna derramaba su luz sobre el claro y podía verlas a las dos con toda claridad. Courtney sujetaba unos prismáticos ante los ojos y Denise dirigía hacia los árboles el haz de una linterna. Llevaba una cámara fotográfica colgada al cuello.

Perfectas, pensé, riendo para mis adentros. Siempre tienen que ser científicas perfectas. Me sorprendía que no hubieran confeccionado hojas de trabajo para poder anotar los Monstruos del Lodo cuando los vieran. En el apartado de vida animal, naturalmente.

Mis tres amigos y yo nos agazapamos tras un macizo de hierbas altas y las observamos. Courtney y Denise charlaban sin cesar mientras oteaban por encima de la pared de la casa del árbol. Pero no podíamos oír lo que decían.

—¡No puedo esperar más! —susurró Hat, inclinándose hacia mí. Sus oscuros ojos fulguraban de excitación bajo el borde de su gorra. Mascaba furiosamente una gruesa porción de chicle—. ¿Dónde está tu hermano? —preguntó.

Recorrí con la vista la fila de árboles que flanqueaban el lecho del río, al otro lado del claro.

—No lo veo —susurré—. Pero él y sus amigos están ahí, en alguna parte. Saldrán de un momento a otro.

—Y entonces empezará la juerga —murmuró Hat, sonriendo.

—Sí —convine—. Entonces empezará la juerga.

Pero una duda me corroía por dentro, una opresiva sensación de temor.

¿Dónde estaban Kevin y sus amigos?

¿Dónde se habían metido?

Entonces vi que algo se movía detrás de la casa del árbol, en la linde del claro.

26

Al ver moverse las sombras cerca de los árboles, agarré a Hat de la manga.

—¡Mira! —susurré, sintiendo que el corazón me golpeaba con fuerza el pecho. Señalé al otro lado del claro.

Fue un gesto innecesario. Él las vio también. Todos las vimos.

Courtney y Denise estaban mirando en dirección contraria, ignorantes de que algo sucedía a su espalda.

Yo miré fijamente, conteniendo la respiración, agazapado tras las hierbas.

Vi una figura oscura que avanzaba lentamente hacia la casa del árbol.

Después apareció otra figura detrás de ella. Parecía estar emergiendo de entre el fango.

Una tercera figura entró tambaleándose en la zona de luz.

¡Sí!

¡Los tres Monstruos del Lodo!

¡Kevin y sus amigos habían llegado!

Courtney y Denise no los veían todavía. Courtney estaba apoyada en la pared de la casa del árbol, mirando con los prismáticos.

Denise apuntaba la luz de la linterna en la otra dirección.

Yo podía ver ahora con toda claridad a Kevin y sus amigos. ¡Estaban sensacionales!

Tenía la cabeza cubierta de lodo húmedo y oscuro. Sus ropas aparecían raídas y andrajosas.

Avanzaban tambaleándose, como zombis, con los brazos extendidos y chorreando lodo.

Se acercaban. Cada vez estaban más cerca de la casa del árbol.

¡Daos la vuelta!, urgí silenciosamente a Courtney y Denise.

¡Daos la vuelta y gritad hasta desgañitaros!

Pero Courtney y Denise seguían sin volverse. No tenían ni idea de que los tres espantosos Monstruos del Lodo se les estaban acercando por detrás.

Volví la cabeza y miré a mis tres amigos. Molly y Charlene estaban petrificadas, como estatuas, con la boca abierta y los ojos desmesuradamente abiertos, disfrutando del espectáculo. Hat miraba fijamente, sin pestañear, y esperaba lleno de júbilo.

De pronto, unas ramitas secas crujieron. Se oyó el rozar de zapatos contra el suelo.

Pisadas.

Unas voces murmuraban en tonos apagados.

—¿Qué? —Me volví con una exclamación de sorpresa.

¡Y vi a otros tres Monstruos del Lodo de pie, detrás de nosotros!

—¡No! —Intenté gritar, pero mi voz sonó como un ahogado murmullo.

Hat, Molly y Charlene giraron en redondo al oír acercarse a los tres nuevos Monstruos del Lodo.

Yo reconocí a Kevin en medio de ellos.

—¡Ke... Kevin! —tartamudeé.

—Lo siento, chaval —susurró Kevin—. Pero hemos tenido un pinchazo.

27

—¿Llegamos demasiado tarde? —preguntó Kevin.

No respondí. No podía.

Me volví hacia el claro. Los tres Monstruos del Lodo se encontraban ya justo detrás de la casa del árbol. Sus ojos hundidos miraban desde el húmedo fango que les goteaba de la cara. Entonces vi más monstruos, brazos que asomaban de la tierra, cabezas cubiertas de fango. Más y más cuerpos iban surgiendo silenciosamente del cenagoso suelo,

Negras figuras de las que chorreaba un fango espeso se erguían y comenzaban a avanzar con pasos tambaleantes por el claro. Sus pies descalzos chapoteaban en el cieno al andar.

Había docenas de ellos. Cuerpos esqueléticos, macilentos, retorcidos, empapados de lodo, avanzaban bamboleantes hacia la casa del árbol. Y docenas más continuaban brotando de la tierra.

—¡Corred! —grité, saltando desde detrás de las hierbas.

—¡Courtney! ¡Denise! ¡Corred! ¡Corred!

Vacilaron. Finalmente, vieron a los horribles monstruos.

Courtney lanzó un estridente grito de terror que reverberó entre los árboles. Gritó una y otra vez. Ella y Denise gritaban, dominadas por el pánico más absoluto.

Hubiera debido ser nuestro gran momento, nuestro triunfo. Pero no lo era.

Las dos chicas gritaban, aterrorizadas.

Entonces me di cuenta de que estábamos gritando todos.

Los Monstruos del Lodo avanzaban pesadamente. Sus pasos

producían sonoros chasquidos sobre el suelo húmedo.

Vi a Courtney y Denise saltar al suelo.

Luego las vi correr gritando desesperadamente.

A continuación yo también empecé a correr entre los negros árboles huyendo del bosque.

Huía de los monstruos cubiertos de lodo que no olvidaría jamás por muy lejos que fuese.

Bueno, todo eso sucedió hace dos semanas. Hace dos largas semanas.

El horror ha terminado. Lo hemos dejado atrás.

Pero no salgo mucho todavía. No me apetece estar fuera de casa. Ni tampoco a mis amigos.

Ayer, Kevin me preguntó si quería ver su vídeo de los Monstruos del Lodo. Me dijo que ya estaba editado y terminado.

Respondí que no, gracias. La verdad es que no quiero verlo.

He estado muy nervioso y tenso desde aquella noche en el bosque.

Mis amigos también han estado nerviosos y tensos. La experiencia ha sido terrible para todos.

Excepto para Courtney. ¿Sabéis qué ha estado haciendo? Ha estado alardeando con todo el mundo de que ella tenía razón. De que realmente existen monstruos en el mundo.

Courtney ha estado alardeando por todas partes de haber demostrado la existencia real de los monstruos porque ella los ha visto.

Está más insoportable que nunca.

A mis amigos y a mí nos gustaría realmente darle un buen susto.

Nos gustaría darle un susto de muerte de una vez por todas.

Pero no podemos. Estamos demasiado asustados.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.